



# Ilustracion

# Artística



AÑO XXI

BARCELONA 10 DE FEBRERO DE 1902

Núm. 1.050

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CARNAVAL, dibujo de José María Tamburini

## SUMARIO

**Texto.** — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Historia carnavalesca*, por Enrique Corrales y Sánchez. — *La Virgen de San Antonio de Padua*, cuadro de Rafael, por S. — *Ruiponce. Cuento de los hermanos Grimm*, traducción del alemán. — *El Carnaval de antaño (costumbres limeñas)*, por M. Moncloa y Covarrubias. — *El papa León XIII*, por M. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — El pasado de una madre*, novela ilustrada (continuación). — *El arte del medallista en la última Exposición de París*, por Roger Marx. — *La altura del vuelo de las aves*.

**Grabados.** — *Carnaval*, dibujo de José M.<sup>a</sup> Tamburini. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Historia carnavalesca*. — *La Virgen de San Antonio de Padua*, cuadro de Rafael. — *Ruiponce*, cuadro de León Putz. — Dibujo que ilustra el artículo titulado *Ruiponce. Cuento de los hermanos Grimm*. — *S. S. el papa León XIII*, retrato pintado por F. E. Laszlo. — *León XIII en los jardines del Vaticano*. — *Una audiencia en el palacio de Agripa*, cuadro de Alma Tadema. — *Adelaida Ristori*. — Planchas, retratos y medallas de la última Exposición de París, modelados por Pawlik, Mayer, Schwartz, Saint-Gaudens, Bowcher, Franges y Begeer.

### REVISTA HISPANO-AMERICANA

**Cuba.** — Las elecciones presidenciales. — Tomás Estrada Palma: su significación y sus propósitos. — *América Central*. — El Congreso de periodistas centroamericanos en San Salvador. — La información de la prensa y de los publicistas norteamericanos. — Conferencia de presidentes. — *Bolivia*. — Su porvenir. — Vía fluvial de comunicación con el Atlántico.

En el último día del año 1901 quedaron elegidos los compromisarios que en este mes de febrero han de designar con sus votos la persona llamada a ejercer la presidencia de la República Cubana. La coalición de partidarios de Masó había acordado el retraimiento, y triunfaron los amigos de Tomás Estrada Palma.

De las circunstancias en que esa elección se verificó, no es fácil formar idea exacta, pues son muy contradictorios entre sí los informes que en la prensa de Cuba leemos. Indiferencia general, desanimación en los colegios, grandes esfuerzos de los estradistas para llevar á ellos electores, según unos; número abrumador de éstos y entusiasmo en todos los ciudadanos para acudir á las urnas, según otros. Cada cual relata los hechos que presencia del modo que más favorezca á sus afectos ó intereses, y no es tarea sencilla la investigación de la verdad. Alguna razón tenía el gran Campoamor para no creer en la historia antigua desde que había visto cómo se escribe la historia moderna.

Sea lo que fuere, atengámonos á los resultados, y ellos nos dicen que la elección de Estrada Palma es segura; que, salvo incidentes que hoy no se prevén, el primer presidente de la República Cubana libre ó protegida por los Estados Unidos será el que fué presidente de la República de insurrectos combatidos por España. El triunfo del jefe de los antiguos laborantes cubanos de Nueva York es la victoria en Cuba de la influencia yanqui, y el gobierno de Washington podrá entenderse perfectamente con quien ya, desde muchos años hace, venía representando, en el propio territorio de los Estados Unidos, á los que solicitaban la intervención y ayuda de la gran república norteamericana contra los españoles.

No es, pues, extraño que desde el momento en que se tuvo noticia del resultado de las elecciones, surgiera la sospecha de que el primer presidente constitucional de Cuba libre de España pudiese trabajar en favor de la anexión de la isla á los Estados Unidos. Estrada niega que tal cosa se proponga. Hay que admitir, por tanto, que bajo su dirección la República Cubana conservará la relativa independencia que hoy tiene. Dice que no le han de preocupar por ahora las cuestiones de política interior promovidas por los partidos; que su ideal es conseguir que desaparezca todo antagonismo, que se borre toda diferencia entre cubanos y españoles. Unos y otros pertenecen á la misma familia, y unos y otros pueden dar al gobierno los elementos de orden y de buena administración que son indispensables para garantizar la prosperidad de la nueva República.

El malestar que en la isla se siente como consecuencia de la guerra obliga á conceder preferente atención á los problemas económicos y á poner en juego cuantos recursos puedan utilizarse para lograr que la riqueza de Cuba vuelva á ser lo que era en los tiempos en que formaba parte de la nación española. Por esto, sin duda, declara Estrada que su predilecta aspiración es obtener una importante baja, el 50 por 100 si es posible, en el arancel norte-

americano para el tabaco y el azúcar. En cambio, Cuba otorgará á los Estados Unidos las mayores ventajas arancelarias. Todos los servicios públicos se organizarán con modestia; el cuerpo diplomático será tan reducido, que sólo habrá un ministro en el extranjero — naturalmente, el de Washington.

Tanto confía Estrada en la buena fe del gobierno norteamericano, que no pedirá la evacuación de la isla por las tropas yanquis, sino conforme se vaya organizando la guardia rural cubana. Parece que la situación de Cuba inspira también ahora mucha confianza á los yanquis, puesto que algunos de los regimientos de éstos han salido ya de la isla, y otros se preparan para regresar á su país.

\* \*

Los Estados de la América central prosiguen su obra de aproximación mediante Congresos para un fin determinado.

En el último verano, uno de los más discretos periódicos de la América española, el *Diario del Salvador*, inició la idea de reunir en la capital salvadoreña un Congreso de periodistas centroamericanos. El pensamiento fué bien acogido, y merecía serlo. Ese Congreso podría ser la base de una acción común de toda la prensa para remover obstáculos y allanar los caminos por donde ha de llegarse á la unificación ó federación de las cinco Repúblicas. Por otra parte, asociando elementos intelectuales y materiales, los periódicos del Centro de América se pondrían en condiciones de hacer amplia y verídica información de su vida social y política, dándole gran publicidad y contribuyendo así á rectificar errores y á impedir que en el resto de América y en Europa prevalecieran juicios falsos ó inexactos sobre esas Repúblicas. La pésima idea, tan opuesta á la verdad, que en Europa se tiene de la América española, en general, se debe principalmente á las agencias ó centros telegráficos de Nueva York y Washington, que acaparan el monopolio de las noticias para transmitir las á Londres ó á París, de donde se difunden por todo nuestro continente.

Muestran los yanquis resuelto empeño en deprimir á los pueblos hispano-americanos, y no vacilan en estampar á sabiendas, cuando de ellos tratan, errores ó falsedades en libros y periódicos. Sirva de ejemplo el caso siguiente. Funciona en Washington la «Oficina de las Repúblicas americanas», creada, por acuerdo de la Conferencia internacional americana de 1889, para adquirir y propagar informes comerciales de todo el Nuevo Continente. Mr. William E. Curtis, director de esa Oficina en 1891, y después delegado del gobierno yanqui en las Repúblicas del Plata para estudiar en ellas el comercio, estuvo también en Bolivia con objeto de recoger datos acerca de su cultura y de sus riquezas naturales. Los resultados de la misión ó viaje de Mr. Curtis, huésped de la ciudad de la Paz en el mes de agosto de 1900, se han publicado ahora en un gran volumen, y son tales los disparates que en él hay y tantos los errores en que incurre Curtis, que el director de la Oficina de Propaganda geográfica de Bolivia, D. Manuel V. Ballivián, ha creído necesario escribir al actual director de la Oficina de las Repúblicas americanas para «hacer conocer á ésta la mala impresión que ha causado la lectura de la obra de Mr. Curtis, cuyos errores y apreciaciones tan ajenas á la verdad no han podido menos que causar extrañeza, por lo mismo que, en cuanto fué posible, la Repartición que dirijo puso en manos de dicho señor buenos elementos estadísticos y de otro género, en considerable colección de publicaciones de las diferentes Oficinas del Estado, suministrando así fuentes genuinas que pudieran depurar el criterio de quien se proponía llenar debidamente una misión oficial.» Si así proceden los directores de la información, los que han sido jefes de la Oficina internacional, puede presumirse lo que harán los demás, y apreciarse el valor que tienen las noticias que nos transmiten las agencias telegráficas y los periódicos yanquis.

El Congreso de periodistas centroamericanos se ha reunido ya; inauguró sus tareas bajo la presidencia del ministro del Interior del Salvador y debe haberlas terminado en enero con solemne sesión presidida por el jefe del Estado. Los doctores Barrios y Mayorga habían recibido el encargo de redactar las bases para una Asociación de la Prensa.

Confirman la tendencia federativa de Centro-América los actos y acuerdos de sus presidentes. Según reciente noticia, éstos han decidido reunirse en Corinto, puerto de la República de Nicaragua, para conferenciar acerca de los medios de establecer relaciones más cordiales entre los cinco Estados y garantizar la paz permanente. Hoy no existen motivos de grave desavenencia, y cada una de las Repúblicas

procura desarrollar sus respectivas fuentes de riqueza y promover la cultura é ilustración del pueblo.

En Guatemala, Estrada Cabrera, después de haber reorganizado la instrucción pública como gratuita y obligatoria é instituido las Fiestas de Minerva, solemnidad anual dedicada á estudiantes y maestros, y que en 1901 se ha celebrado con gran esplendor, pone celoso empeño en satisfacer las necesidades económicas y activa la construcción del ferrocarril del Norte que ha de enlazar el interior del país con los dos Océanos. Terencio Sierra, el presidente de Honduras, visita todos los departamentos de la República para conocer por sí mismo los progresos materiales que se han realizado y darse cuenta de las reformas administrativas que conviene establecer para mayor cultura y bienestar del pueblo en campos y ciudades. Nicaragua pacta convenios con los Estados Unidos con objeto de abrir vasto mercado á los frutos que da su fértil territorio. En Costa Rica aumenta rápidamente la producción de café, y á uno y otro lado de las vías férreas se van creando magníficas plantaciones.

\* \*

Se ha iniciado en Bolivia una empresa de gran importancia para el porvenir de este país que, como dice Víctor Orban, viviendo casi en la sombra se prepara para la luz.

Pocos territorios hay — acaso ninguno — tan rico en metales preciosos é industriales. Solamente el famoso cerro del Potosí ha entregado á la circulación, desde 1545 hasta nuestros días, unos cuatro mil millones de pesos de plata. La flora boliviana ofrece por todas partes frutos, resinas, cortezas y maderas de valor incalculable. La naturaleza presenta allí todas las variedades del paisaje y del clima, desde las altas cimas de los nevados andinos hasta los hondos y cálidos valles ó yungas de la Paz y Cochabamba y las inmensas llanuras orientales, cubiertas de selva virgen, por donde corren ó se extienden las aguas de caudalosos ríos y lagunas.

Situada en el centro del continente meridional, sin salida al mar desde que Chile le arrebató las provincias del litoral del Pacífico, Bolivia parece que está más apartada de Europa que las demás repúblicas suramericanas. En el flujo y reflujo de las corrientes entre el antiguo y el nuevo mundo representadas por la inmigración y el tráfico mercantil, se halla aún muy por bajo del lugar á que tiene derecho por sus condiciones naturales. La negociación con Chile para obtener puerto ó puertos en el Pacífico, no ha llegado á resultados definitivos que satisfagan cumplidamente á Bolivia, y el gobierno de esta república busca, por otro camino, los medios de establecer relaciones directas con los mercados europeos.

En efecto, por orden de ese gobierno, y bajo la dirección del capitán de marina Enrique Boland, se ha hecho una exploración hidrográfica que ha demostrado la posibilidad de abrir salida fluvial desde el oriente de Bolivia al Atlántico por el río Paraguay y el río de la Plata. En los confines del departamento boliviano de Santa Cruz con el Brasil, donde la frontera se aproxima á la orilla derecha del río Paraguay, existen varias expansiones de éste ó lagunas en comunicación con la corriente principal. Una de esas lagunas es la llamada Gaiba, que en su orilla occidental ó boliviana, así como en el canalizo que la une con el Paraguay, tiene fondos de muy cerca de dos metros, habiendo en el centro profundidades de cuatro metros, que pasan de siete en la época de crecidas. Desde el Gaiba hasta Corumbá, puerto fluvial brasileño, pueden navegar, según Boland, vapores de 150 metros de calado y 65 de eslora máxima. Aguas abajo sigue el río por territorio del Brasil; al Sur de Bahía Negra empieza á formar la frontera, entra después en país paraguayo y se une al Paraná. La vía fluvial continúa por éste (República Argentina) hasta el río de la Plata. En total, 1.650 millas, es decir, poco más de 3.000 kilómetros, desde el Gaiba á Buenos Aires. En aquel lago ha resuelto el gobierno de Bolivia crear un puerto, que se llamará Puerto Quijarro.

Indudables son las ventajas que este puerto y esa vía habrán de rendir á Bolivia; pero también podrán ser origen de conflictos con la República del Paraguay, por la cual pasa el río de este nombre. Existe ya de antiguo desacuerdo entre paraguayos y bolivianos respecto de su frontera, y tal vez el nuevo estado de cosas ocasione mayor intransigencia en unos y otros. Por el pronto, se dice que Puerto Quijarro será puerto militar, y la prensa de la capital del Paraguay refleja desconfianzas y llama la atención acerca de los armamentos que se hacen en Bolivia.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Arturo González, muchacho de veinte años y estudiante de la Facultad de Ciencias, era el tipo perfecto de la formalidad. Hallábase terminando la carrera en la Universidad de Madrid, y vivía en una casa de huéspedes en compañía de tres amigos que estudiaban Medicina.

Los futuros Galenos, bulliciosos, alegres, sin perjuicio para sus atracones científicos, porque eran entusiastas del arte de curar, saboreaban á boca llena los frutos de la hermosa juventud, lo cual no quitaba que estudiasen con ardor sus asignaturas, y llegado el mes de junio, sin las zozobras y sustos de los holgazanes, ganasen bravamente año con las mejores notas. Activos, inteligentes, duchos en la vida madrileña, sin desatender sus quehaceres universitarios, tenían novias cursis, frecuentaban los bailes, se divertían de lo lindo.

Jamás pudieron arrastrar á sus holgorios á su compañero, en quien parecía encarnarse la severa austeridad de las matemáticas. Grave, metódico, con aire de piadosa indulgencia ante los desplantes y dicharachos de aquellos locos, era la representación fría y tranquila de la razón entre el desbordamiento alegre de la juvenil fantasía que acaloraba la mente de los médicos en ciernes. Estos, no obstante la contradicción de caracteres y de gustos, querían de veras á Arturo, con quien llevaban algunos años de convivencia y en quien reconocían las cualidades todas de un buen chico.

Por las noches, Arturo, en lugar de correrla, atisbar la salida de las modistillas de los obradores, ó asistir á los teatros por horas, se marchaba al Ateneo á estudiar, ó iba un rato de tertulia á casa de don Melquiades Olañeta, un sabio académico, muy enamorado de la singular y por todo extremo plausible formalidad del estudiante de Ciencias. Cuando á las doce ó la una de la noche volvían los médicos á casa, tarareando la canción en boga, y encendían la luz del comedor para estudiar en torno á la mesa, recuperando el tiempo perdido, ya estaba Arturo metido en la cama, fiel al plan de vida regular y ordenada que se había trazado.

Tenía D. Melquiades, hombre de genio impetuoso y violento, cincuenta años, y cuarenta su esposa, mujer de muy buen ver y á quien gustaba acicalarse y componerse, realzando con el esmero del tocado la natural hermosura. Decíase si, no obstante su circunspección, era todavía el académico galante en exceso con las damas y aun amigo de líos y trapisondas. Respecto á este punto, no tenía Arturo dato alguno positivo para plantear, cuanto menos para resolver el problema, pero tenía los muy fidedignos para saber que Dolores, la mujer del sabio, era un Oteló con faldas. Con la confianza con que se le admitía, como discípulo predilecto que había sido del jefe, en aquel hogar, había sido testigo de más de una escaramuza, mal contenida por la urbanidad, promovida por las inquietas sospechas de Dolores, celosa hasta de las fotografías de las cajas de cerillas que su esposo coleccionaba.

Llegó un domingo de Carnaval, y los médicos, disfrazados ya y dispuestos á lanzarse á la calle, abrumaban á Arturo, á las dos de la tarde, con sus bromas, instándole á que les acompañara. Todo fué inútil, y González se mantuvo inflexible. «Cansancio

y mareo era lo único que podía sacarse de aquella broma tan impropia de hombre que...»

Cortaron las máscaras con la fuga el discurso con que Arturo les amenazaba, y bajaron á saltos la escalera, dando ruidosas carcajadas y atiplados gritos.

— ¡Cuidado no venga alguno con la cabeza rota!, voceó en son de despedida González, que poco después se hallaba en la casi desierta biblioteca del Ateneo, resolviendo integrales.

— Bien, joven, bien, le dijo cariñosamente don Melquiades dándole palmaditas en la espalda, así me gusta. No quiere usted algarazas ni ruidos. Es el medio de aprovechar el tiempo y evitarse desazones.

Sentados uno enfrente de otro pasaron la tarde, engolfados cada cual en su tarea. Al obscurecer marchóse Arturo, limitándose, por no distraerle, á hacer una inclinación de cabeza al sabio, absorto en su ocupación de tomar notas.

Al llegar á la calle hallábase ya encendidos los faroles. Se había levantado, como entrada la noche de un espléndido día de sol, un airecillo frío y sutil que llegaba hasta los huesos. González advirtió la diferencia de temperatura con la caldeada en que había pasado tantas horas, y maquinalmente se subió el cuello de un gabán que aquella tarde había estrenado. Su cabeza quedó materialmente oculta entre el sombrero y el cuello del gabán.

Tomó Arturo la calle del Turco, costándole gran trabajo contrariar la inmensa corriente de la multitud que, procedente del Prado, subía por la Carrera de San Jerónimo. Aquella gente, entre la que pululaban los hombres barbudos que, vestidos de mil estrafalarias maneras y con las caretas en la mano, charlaban tranquilamente, le confirmó en la idea que abrigaba de lo insulso y ridículo de la fiesta, incomprendible para quien se negaba hasta los esparcimientos más justificados en sus pocos años.

Al llegar al promedio de la calle del Turco, chocó la vista de una máscara que, con la careta puesta todavía, miraba con cuidado los coches de alquiler que rápidamente pasaban. Todos estaban ocupados, y la máscara, una mujer cubierta por amplio capuchón, y con aspecto de finura poco común en las que de día se lanzan disfrazadas á la calle, daba manifiestas señales de impaciencia. En esto la máscara vió á Arturo é hizo ademán de huir, tan marcada y perceptible, que excitó la curiosidad del joven. Un momento después, y antes que la del capuchón pudiera alejarse, un guardia del ayuntamiento se acercó y la ordenó que se quitase la careta. Había anochecido y tenía que cumplir los mandatos del alcalde. La máscara, azorada y trémula, se resistía, llamando la atención de los transeúntes que comenzaban á arremolinarse presenciando la cuestión. De pronto, con un movimiento de nerviosa ira se arrancó la careta y se asió desesperada al brazo de Arturo, que quedó estupefacto al reconocer á Dolores.

Deshízose el grupo de gente reunida, comenzaron las explicaciones dadas con voz llorosa. Dolores sospechaba que su esposo visitaba á cierta joven, y conocedora de las señas de la casa había ido disfrazada á espiar el portal para coger *in fraganti* al infiel marido. La espera había resultado inútil después de tres horas de mortal plantón. Tenía que ir á dejar el capuchón en un almacén de disfraces, elegido lejos

del centro para no ser conocida... Había obscurecido, no encontraba coche, no podía ponerse la careta, si la conocieran... ¡Dios mío! La pobre mujer lloraba.

Cuando Arturo le dijo que D. Melquiades había pasado la tarde con él en el Ateneo, Dolores tuvo un momento de frenética alegría. Sus celos eran infundados, ¡qué felicidad!

En aquel instante, para mayor dicha, llegaba un coche desocupado, que Dolores se apresuró á tomar. Desde la ventanilla, con el semblante resplandeciente de gozo, estrechó las manos de Arturo, que con la revelación del sitio donde D. Melquiades había estado, la había hecho la mujer más feliz del mundo. No es extraño que le dedicara la más cariñosa y expresiva de sus sonrisas.

De pronto, un formidable estacazo caía sobre la cabeza de Arturo; el sombrero rodó por el suelo, y antes de que pudiera reponerse, recibió otro cachiporrado, que casi le hizo perder el sentido. D. Melquiades, hecho un energúmeno, menudeaba los palos con rapidez abrumadora. Había visto á su mujer disfrazada, había visto la sonrisa dirigida á un señor que con el cuello del gabán ocultaba el rostro, y estaba hecho una fiera.

Acudió la gente de nuevo, acudieron guardias, y las explicaciones sobrevinieron, poniendo, para bien de todos, las cosas en su verdadero lugar. Lo que no pudo volver á su lugar fué el reloj de Arturo, que un granuja, aprovechando la confusión, le había robado, y dos muelas que debían andar por el suelo.

Y aquella noche, mientras Melquiades y Dolores, ya calmados, cambiaban ternezas, en casa de Arturo los estudiantes de Medicina, que se habían divertido mucho, velaban al grave, al austero enemigo de las diversiones, que yacía en el lecho con el sacro colejo de cardenales en el cuerpo y con la cabeza rota.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

(Dibujo de Triadó.)

LA VIRGEN DE SAN ANTONIO DE PADUA

CUADRO DE RAFAEL

El famoso millonario norteamericano Mr. Pierpont Morgan acaba de comprar en París este famoso cuadro, por el cual ha pagado dos millones y medio de francos. Petenece este lienzo á la serie de los religiosos pintados por Rafael bajo las primeras impresiones de la pintura toscana, que tanto contribuyeron á amplificar su arte, hasta entonces desarrollado exclusivamente bajo la influencia del Perugino, pudiendo decirse que así como los *Desposorios* de Brera es su último cuadro del período umbrío, el de la *Virgen de San Antonio* es el primero del período umbrío-toscano.

Rafael, como es sabido, pintó este lienzo para las monjas de San Antonio de Padua, de Perusa. Vassari, que lo vió íntegro en su puesto, lo describe en los siguientes términos: «Las monjas de San Antonio de Padua le encargaron que pintara en una tabla á Nuestra Señora teniendo en su regazo al Niño Jesús vestido y á sus lados á San Pedro, á San Pablo, á Santa Cecilia y á Santa Catalina. Estas dos últimas vírgenes tienen el rostro y la cabeza más hermosos que darse puedan. Sobre esta tabla y en un semi-

círculo pintó un Padre Eterno bellísimo y en la peana del altar tres grupos de pequeñas figuras que representan la oración en el huerto, Cristo con la cruz á cuestas y la Virgen teniendo sobre sus rodillas el cadáver de Jesús. Esta obra es admirable, siendo objeto de la gran veneración de aquellas religiosas y de las entusiastas alabanzas de todos los pintores.»

Un siglo después e emitido este juicio por Vasari, las monjas de San Antonio habían decaído bastante desde el punto de vista intelectual. En efecto, en 1663 vendieron á Cristina de Suecia los tres cuadros de la peana por 600 escudos, y en 1667 enajenaron el lienzo principal y la luneta á Antonio Bigazzini, noble de Perusa, el cual pagó por uno y otra dos mil escudos, haciendo además pintar para aquellas religiosas una copia de ambas obras.

Poco después, el cuadro pasó á poder de los Colonna de Roma y más tarde al Palacio Real de Nápoles, en donde se conservó hasta la expulsión de los Borbones. Francisco II, al escapar en 1860, se lo llevó con sus tesoros á la fortaleza de Gaeta, y rendida ésta, á Madrid, en donde lo confió al duque de Ripalta, autorizándole para venderlo. El duque lo trasladó á París, y por conducto de la emperatriz Eugenia le ofreció al Museo del Louvre por un millón de francos; mas en esto estalló la guerra franco-prusiana, cayó el Imperio, sobrevino la *Commune* y se proclamó la República, y ya no se volvió á hablar más del cuadro, que al morir Francisco II fué vendido por sus herederos á Sedelmeyer.

El precio que por el cuadro ha satisfecho Mr. Pierpont Morgan es el más elevado de cuantos hasta ahora se han pagado por una pintura y demuestra de una manera elocuentísima que, digan lo que quieran algunos modernistas que sólo encuentran grandes y admirables á los del Quattrocento, el maestro de Urbino no ha pasado de moda ni merece ser tenido por un decadente, como aquellos lo consideran.

La *Virgen de San Antonio de Padua* está actualmente expuesta en Londres, desde donde su afortunado propietario se la llevará á América, con lo cual tendremos que añadir una joya más al número de las que los millones del nuevo mundo arrebatan á la codicia y á la desidia del viejo continente. — S.

## RUIPONCE

CUENTO DE LOS HERMANOS GRIMM

Erase un matrimonio que hacía tiempo deseaba un hijo, pero el tiempo pasaba y sus deseos no se cumplían. Un día, sin embargo, la esposa pudo acariciar la esperanza de que al fin Dios había escuchado sus súplicas.

Desde la ventana de su casa veíase un hermoso jardín lleno de hierbas y de bellísimas flores; rodeá-

balo una tapia muy alta y nadie se atrevía á penetrar en él, porque pertenecía á una bruja muy poderosa y por todos muy temida. Una tarde, estando la mujer asomada á la ventana contemplando el jardín, fijáronse sus ojos en un cuadro donde crecían en abundancia unos ruiponces tan frescos y tan verdes que al punto le entraron grandes antojos de comerlos.

Desde aquel momento, tales antojos se hicieron

— ¿Cómo te atreves, díjole ésta clavando en él su colérica mirada, á penetrar en mi jardín y á robarme los ruiponces? Tu atrevimiento merece castigo.

— ¡Ah, señora!, repuso el desdichado. Perdonadme, ya que he obrado sólo á impulsos de la necesidad: mi mujer ha visto desde la ventana de nuestra casa vuestros ruiponces y ha sentido tal antojo de comerlos, que de seguro se habría muerto dentro de muy poco tiempo si no hubiese podido satisfacerlo.

Entonces la bruja, deponiendo su cólera, repuso:

— Si es así como dices, consiento en que te llesves cuantos ruiponces quieras, pero con una condición, que me darás el hijo que te nazca, en la seguridad de que no le irá mal conmigo y de que cuidaré de él como una verdadera madre.

El pobre hombre, aturdido como estaba, asintió á todo, y cuando su mujer hubo dado á luz una niña, presentóse en seguida la bruja, puso á la recién nacida el nombre de Ruiponce y se la llevó consigo.

Ruiponce era la criatura más hermosa que Dios puso sobre la tierra. Cuando tuvo doce años, la bruja la encerró en una torre situada en medio de un bosque, sin puerta ni escalera y sólo con una ventanita en lo más alto, y cada vez que la hechicera quería entrar allí, colocábase debajo de la ventana y gritaba:

«Ruiponce, Ruiponce, suelta tu cabellera de oro.»

La muchacha, al oír la voz de la bruja, soltaba su trenza, y atándola á un hierro de la ventana, dejaba caer su cabellera, que tenía veinte varas de largo, y agarrada á la cual verificaba la hechicera su ascensión.

Al cabo de dos años, sucedió que el hijo del rey cruzó á caballo por el bosque, y al pasar por

delante de la torre oyó un canto tan dulce, que le obligó á detenerse y á escuchar.

Era Ruiponce, que distraía su soledad lanzando al aire suavísimas notas. El hijo del rey quiso subir á la torre, pero en vano buscó una puerta que le permitiera entrar en ella. Regresó, pues, á su palacio, pero de tal manera había aquella voz conmovido su corazón, que todos los días volvió al bosque para gozar del placer de oírla.

Un día, estando detrás de un árbol, vió que se acercaba una bruja y oyó que decía:

«Ruiponce, Ruiponce,  
Suelta tu cabellera de oro.»

Y entonces pudo contemplar cómo la joven dejaba caer su cabellera, por la cual subía la bruja.

— ¿Conque esta es la escalera por donde se sube á la torre?, se dijo. Pues á mi vez he de probar fortuna.

Y al día siguiente, cuando comenzaba á anochecer, acercóse á la torre diciendo:

«Ruiponce, Ruiponce,  
Suelta tu cabellera de oro.»



LA VIRGEN DE SAN ANTONIO DE PADUA, cuadro de Rafael, recientemente adquirido en París por Mr. Pierpont Morgan, de Nueva York, por la suma de dos millones y medio de francos

cada vez más irresistibles, y como no podía satisfacerlos, la pobre mujer comenzó á entristecerse, perdió el color y se desmejoró á ojos vistas, tanto que el marido asustado le preguntó:

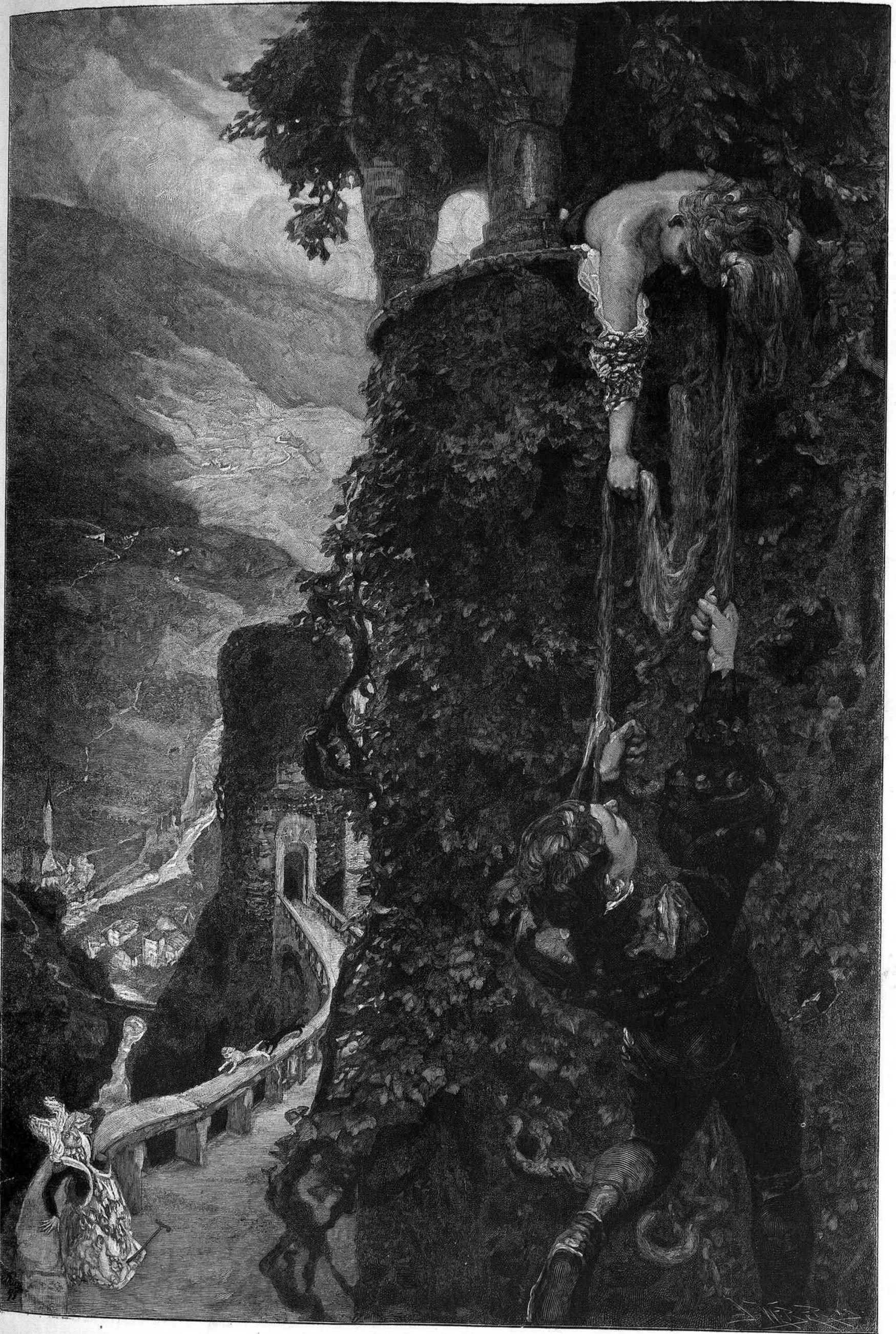
— ¿Qué te pasa, mujercita mía?

— ¡Ay!, respondió la esposa, siento que voy á morir si no consigo comer algunos ruiponces de los del jardín que está detrás de nuestra casita.

El pobre hombre, que adoraba á su mujer, pensó: «Antes que dejar que se muera, le traeré los ruiponces, cueste lo que cueste.»

Y en efecto, al anochecer saltó la tapia, penetró en el jardín de la bruja, arrancó apresuradamente un gran puñado de ruiponces y se los llevó á su mujer, la cual preparó con ellos una ensalada que se comió con verdadero deleite. Y tan bien le supieron, que al otro día, no sólo se reprodujo, sino que se avivó su antojo hasta el punto de decirle á su marido que no tendría un momento de descanso si no podía volver á comer de aquella apetecida planta.

El condescendiente esposo volvió aquella noche á saltar la tapia; pero antes de poner los pies en el jardín, quedóse helado de espanto al ver delante de sí á la bruja.



RUIPONCE, cuadro de León Putz, inspirado en el cuento del mismo título de los hermanos Grimm (véase página 108)

Inmediatamente cayeron los cabellos y el hijo del rey subió a la torre.

Ruiponce al pronto se asustó al ver delante de ella a un mancebo; pero el hijo del rey comenzó a hablarle cariñosamente y le dijo que su canto de tal manera le había conmovido, que desde que lo oyera no había hallado reposo y se había propuesto a todo trance ver a la que cantaba. Entonces la muchacha perdió el miedo; y habiéndole el príncipe preguntado si lo aceptaría por esposo, como ella viera que era joven y guapo, pensó: «Con éste estaré mucho mejor que con la vieja Gothel,» y contestó afirmativamente a su pregunta, poniendo su mano entre las del mancebo.

— De buena gana me iría contigo, le dijo, pero no sé cómo salir de aquí. Cada vez que vengas, tráeme un cordón de seda, que yo fabricaré de este modo una escalera, y cuando esté terminada, bajaré y tú podrás llevarme en tu caballo.

Y convinieron en que hasta entonces fuera el hijo del rey a verla todas las noches, pues de día iba la bruja.

Esta de nada se había percatado, hasta que un día le dijo Ruiponce:

— Decidme, señora, ¿por qué tardáis en subir más tiempo que el joven hijo del rey, que sube en un momento?

— ¡Ah, malvada! ¿Qué es lo que escucho? Creía haberte aislado de todo el mundo y me has engañado.

Llevada de su cólera, cogió la hermosa trenza de Ruiponce con la mano izquierda y armada la derecha con unas tijeras, cortó en un santiamén aquella cabellera espléndida, hecho lo cual llevóse a la muchacha a un desierto, en donde habría de vivir en lo sucesivo miserablemente y consumida por la tristeza.

Y aquel mismo día en que consumó tan cruel hazaña, la vieja ató la cortada trenza a la ventana, y cuando llegada la noche oyó la voz del príncipe que decía:

«Ruiponce, Ruiponce,  
Suelta tu cabellera de oro,»

dejó caer los cabellos hasta el pie de la torre.

Subió el hijo del rey; pero en vez de hallar a su adorada, encontróse con la bruja, la cual al verle le dijo con acento burlón:

— ¡Hola! ¡Conque querías llevarte a la niña! Pero el pájaro ya no está en su nido, ni canta, pues el gato la ha sacado de aquí y a ti te va a sacar los ojos. Ruiponce para ti no existe ya y nunca más volverás a verla.

El príncipe, desesperado, fuera de sí, arrojóse desde lo alto de la torre, y si bien no murió de la caída, les espinas sobre las cuales fué a parar le destrozaron los ojos. Ciego vagó por el bosque, alimentándose de raíces y bayas y llorando sin cesar la pérdida de su querida desposada. Así anduvo durante muchos años, hasta que llegó al desierto en donde vivían una existencia miserable Ruiponce y dos gemelos, un niño y una niña, que había dado a luz.

De pronto el hijo del rey oyó una voz que le era bien conocida: era la voz de Ruiponce.

El príncipe, presa de la mayor emoción, acercóse al sitio de donde venía aquella voz.

Ruiponce, que le reconoció al punto, arrojóse en sus brazos y le besó, derramando copiosas lágrimas de alegría.

Dos de aquellas lágrimas cayeron sobre los ojos del mancebo, el cual recobró inmediatamente la vista, extasiándose en la contemplación de su esposa y en la de los dos hijos que el cielo le había enviado. Y después de los primeros transportes de júbilo, el príncipe condujo a Ruiponce a su reino.

Allí fueron ambos recibidos con entusiasmo por la corte, que creía muerto al hijo del rey, y allí vivieron muchos años contentos y dichosos.

(Traducido del alemán)

## EL CARNAVAL DE ANTAÑO

(COSTUMBRES LIMEÑAS)

En los buenos tiempos de nuestros abuelos, cuando las muchachas eran sencillas é inocentes como periquitos, cuando los chicos no fumaban cigarro hasta cumplidos los veintiún años y las señoras no sabían de letra, pero tampoco ofendían a Dios con cartitas perfumadas para los galanes, las cosas pasaban en esta bendita tierra de los reyes tan sencillamente, que eran una delicia y una bendición, si las comparamos con las actuales.

Veinte días antes del Carnaval ya estaban los chicos entusiastas por el juego haciendo continuas visitas a las pastelerías, a la sazón en manos de españoles.



Cortó en un santiamén aquella cabellera espléndida (véase el artículo «Ruiponce»)

— ¿A cómo da usted el ciento de cascarones grandes y bien configurados?

— ¡A doce reales!, contestaban los pasteleros con aires de banqueros en desgracia.

Y la juventud predispuesta para el juego recorría empeñosamente los cinco cuarteles de la ciudad en demanda de cascarones baratos y con un solo agujero.

Mientras tanto, las jóvenes casaderas mantenían en el seno de la familia acalorada discusión respecto al amigo a quien debían endilgar la *tabla*.

— Yo creo, decía una, que Luis se portará como Dios manda.

— ¿Quieres callarte, Hortensia?, replicaba otra; ¡si Luis tiene un miserable sueldo de veinticinco pesos! Es capaz de retornarnos frutita barata y nada más. Yo opinó que saquemos a mister Wilson, que es cagero de una casa de comercio.

Y así se decidía.

Le mandaban al gringo dos reales de uvas, un melón de á real y medio, una corbata de tres vueltas, hecha con los retazos de un traje tornasol que estrenó la madre un año antes para el Jueves Santo, su negrita y su décima. Y Mr. Wilson retornaba un corte de traje de rica seda, una caja de medias, cuatro pares de guantes, una pieza de holán de hilo, dos pares de ligas, un pañolón de Manila de grandes flecos y un cucuruchito con escudos.

¡Oh, eran soberbios aquellos tiempos que pasaron!

Ocho días antes de Carnaval andaban atrozmente atareados los jóvenes jugadores.

Moldes en forma de corazones sencillos, de cascos de coraceros de Napoleón, de melones, de canastillas de flores, de morriones de guardias cívicos, de nueces de nogal, se veían por un lado; por otro, los prosaicos cascarones de gallina, las barritas de lacre, tiras blancas de coco, fósforos chalacos, dos ó tres botellas de agua de Lavanda ambareada y fina, el indispensable embudo y un hornillo en que hervía abundante cantidad de pez.

¡Con qué deliciosa algazara se entregaba toda la familia a la fabricación de los proyectiles! Cada casa parecía un retazo de cielo en día de fiesta.

Era de ver a las niñas, á medio peinar, con los trajes alzados, en zapatillas y sin medias... por el calor, los blancos brazos al aire y la alegría en los hermosos ojos negros, contraídas por entero á llenar y tapar cascarones, á fundir cascos y meloncillos y á repartir con talento medio frasco de olor en cinco inmensas bateas llenas de agua clara.

Como personas mayores, silenciosas y arrinconadas en un ángulo del comedor — cerca de la alacena, — dos ó tres chicas cortan con inusitado ahinco papilitos de colores.

Por supuesto, que á lo mejor se entusiasma la gente: los papilitos vuelan sobre las cabezas, algún cascarón á medio llenar se estrella contra un espejo, estallan las risas, ruedan las vasijas, corre el agua y durante cinco minutos aquel comedor es un verdadero campo de batalla.

Llega el gran día.

Las personas serias y católicas se van al retiro en los conventos franciscanos.

Las jóvenes de ambos sexos se desayunan mal y de prisa: una taza de te y medio pan frío.

Salen á relucir los pantalones parchados en salva sea la parte, los sacos de lustrín verdosos, los botines con media suela, la camisa asoleada y el sombrero viejo.

Con esta indumentaria, un paraguas veterano y un pañal de los grandes para llevar los cascarones, salían entusiastas los jóvenes jugadores, tan campantes que daba gusto el verles.

Y se entablaba la lucha, que empezaba por unos veinte ó treinta cascarones, cuatro ó seis baldes de agua, media docena de vidrios rotos, dos ó tres caídas al suelo y ¡al asalto!

¡Oh, este era el momento supremo!

En la escalera recibían los asaltantes un diluvio de agua de todos colores y procedencias; pero los nuevos Cides toman al fin la casa, y empieza el forcejeo, los achuchones y los gritos, y el rodar de muebles, y los vasos que se rompen, y los jugadores que caen como latigazos.

¡El delirio, y el diluvio!

Se oye una voz:

— ¡A la tina!

Y reúnen todas las niñas, negras y cholas sirvientes inclusive, y cogen á uno de los pollos, lo lanzan en vilo y dan con la chorreante humanidad del jugador en la tina llena de agua.

El náfrago se agarra con uñas y dientes á la vencedora más próxima y cae con ella dentro de la tina, que se desborda. Es una delicia ver correr el agua por toda la casa y caer á chorros sobre las habitaciones del piso bajo.

— ¡Eh, vecinas! ¡Me han malogrado un sofá, y el agua está cayendo sobre mi cama!

— ¡Aguá!, ¡aguá!, gritan por todas partes, en los altos.

Y nadie se ocupa de las reclamaciones de la vecina del sofá malogrado.

El padre de familia se presenta, y cesan las hostilidades.

— Vamos, señores, á tomar una copita.

— ¡Bravo, bravo, á remojarse por dentro!, gritan los combatientes, que destilan agua como calcetines recién salidos de la batea.

Y todos pasan al comedor, á tomar las *once*. La hermosa sandía, roja como labios de muchacha robusta, se ostenta en medio de la mesa, rodeada de botellas de pisco de Ica y cerveza inglesa.

Mientras tanto en las calles no faltaba jinete que metía espuelas al caballo para librarse de una *lapada* de agua; el caballo daba un salto, resbalándose en los empapados adoquines, y caían caballo y caballero, rompiéndose éste la crisma contra el cañón de la esquina.

Pero ¡cal, diez minutos después seguía el juego

con más entusiasmo, con más furor que antes.

Y más allá, un vetusto balcón cuasi histórico, de puro sabor morisco, no pudiendo resistir el peso de diez ó doce muchachas, una tina llena de agua, amén de dos ó tres botijas, se desprendía suavemente, depositando en mitad del arroyo tina, botijas, baldes y jugadoras. Alguna de éstas quedaba en el sitio, horriblemente despachurrada; otras se fracturaban un brazo ó una pierna; pero «un cadáver más, ¡qué importa al mundo!» el juego seguía en la calle, en el barrio, en la ciudad con extraordinaria alegría.

Y el pueblo, ¡oh!, el pueblo se divertía también grandemente.

Se apoderaban de las acequias como surtidores de agua para las enormes y no muy aseadas jeringas destinadas al ataque.

A las veces sacaban cargada á alguna doncella de color honesto ó cobrizo, y *velis nolis*, la sumergían en la acequia, en medio de la infernal algazara de los chiquillos, sucios como ropa interior de pordiosero.

A lo mejor, y en determinadas calles, se encontraba el transeunte tranquilo y enemigo del juego con un verdadero cordón sanitario formado por jóvenes y lustrosas niñas de color de ébano que, armadas de sendos baldes de agua poco limpia, impedían el paso por la calle.

— Si quiere su mercé pasar seco, lárquenos un cuatro, decía la capitana, una negrita bien comida y á medio vestir, pues no era raro que mostrara al aire desnudeces que parecían trozos de hule nuevo.

El hombre soltaba la moneda y le dejaban pasar; pero á los diez pasos, todos los baldes le caían encima.

Y así se deslizaban los tres días de Carnaval en medio del contento general y las alegres voceadas de los granujas vendedores de cascarnes:

— ¡A cuatro, á cuatro..., á cuatro por un real!

Hoy las cosas han variado mucho: los cascarnes han desaparecido, los jugadores van al combate con lo mejor del baúl, y los chisquetes de olor, los polvos de oro, las bombillas y las serpentinillas hacen el gasto.

Antaño la juventud se mojaba más, pero se acercaba menos. Y las turgencias y curvas hermosas que el agua hacía desaparecer, se mantienen hoy impertérritas, conservando las esculturales formas... de algodón.

Vamos, que hay menos enfermedades, menos desgracias, y sobre todo, se salva la plástica, que queda triunfante entre los polvos, los olores y las serpentinillas de nuestro adelantado carnaval de hogaño.

M. MONCLOA Y COVARRUBIAS.

EL PAPA LEON XIII

Hace unos días, León XIII reunió en el salón del trono del Vaticano á los oficiales de la antigua

y con voz robusta les dijo: «La muerte va dejando en nuestras filas huecos cada vez más dolorosos, y experimento el dolor de sobrevivir á tantos soldados leales como una planta que se dobla al peso de los años, pero cuya existencia conserva la misericordia divina.»

— Santo Padre, le respondió ingeniosamente el general conde Pianciani, vuestros soldados aceptan vuestra despedida sin tristeza, porque es la vigésima quinta vez que la oyen con alegría.

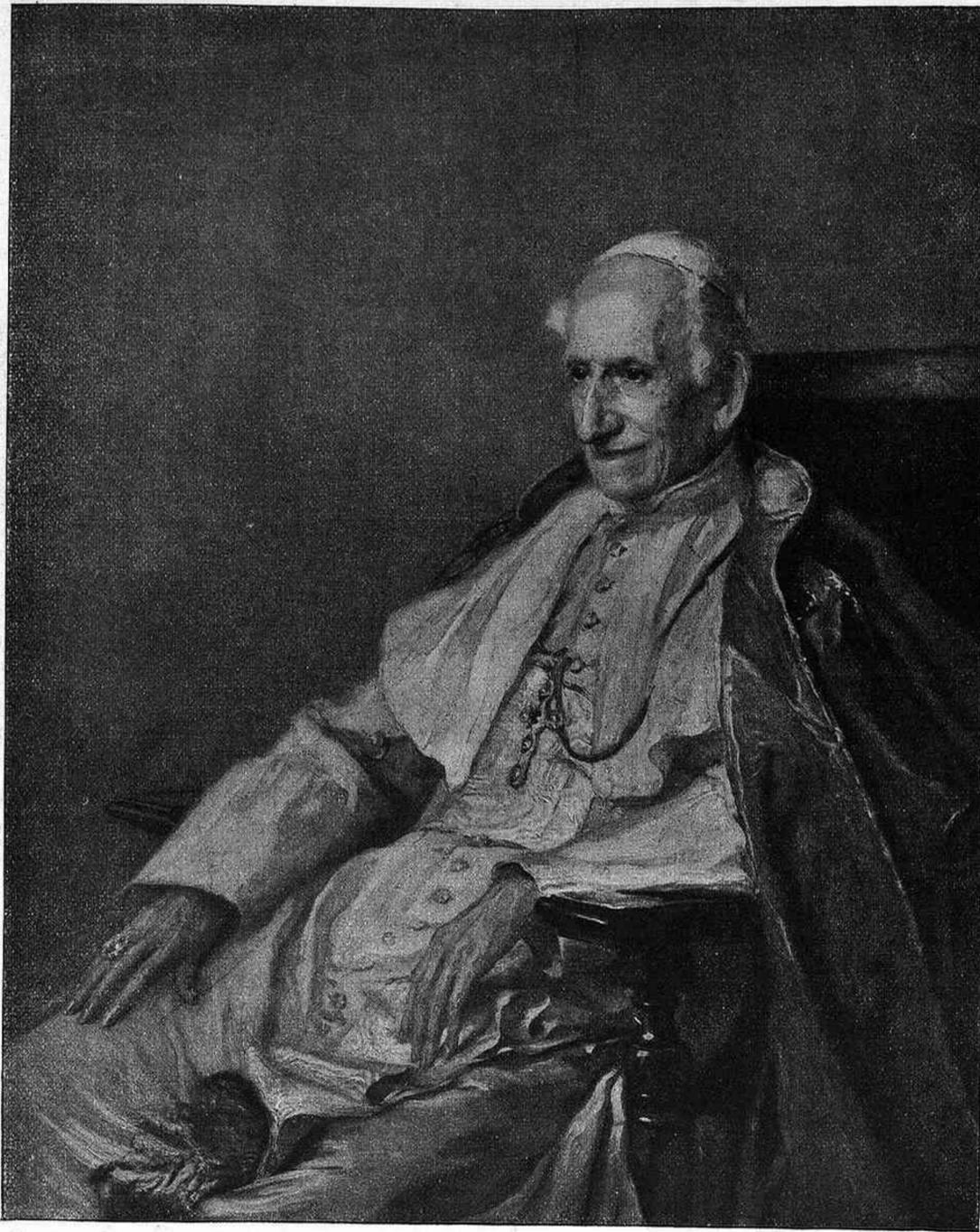
En efecto, el día 20 del presente mes, el Soberano Pontífice celebrará el vigésimo quinto aniversario de su exaltación á la silla de San Pedro.

Es un hecho notable en la historia de los papas el de que el siglo XIX, que habrá tenido fama de consumir rápidamente sus generaciones, haya ofrecido el ejemplo de los más largos y más laboriosos pontificados. Aparte de León XII y Pío VIII, que sólo reinaron entre los dos seis años, otros cuatro papas, Pío VII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII han llenado la última centuria, ejemplo de longevidades pontificias sin precedentes en los siglos anteriores, siendo preciso remontarse al primero de la Iglesia para encontrar otro ejemplo igual.

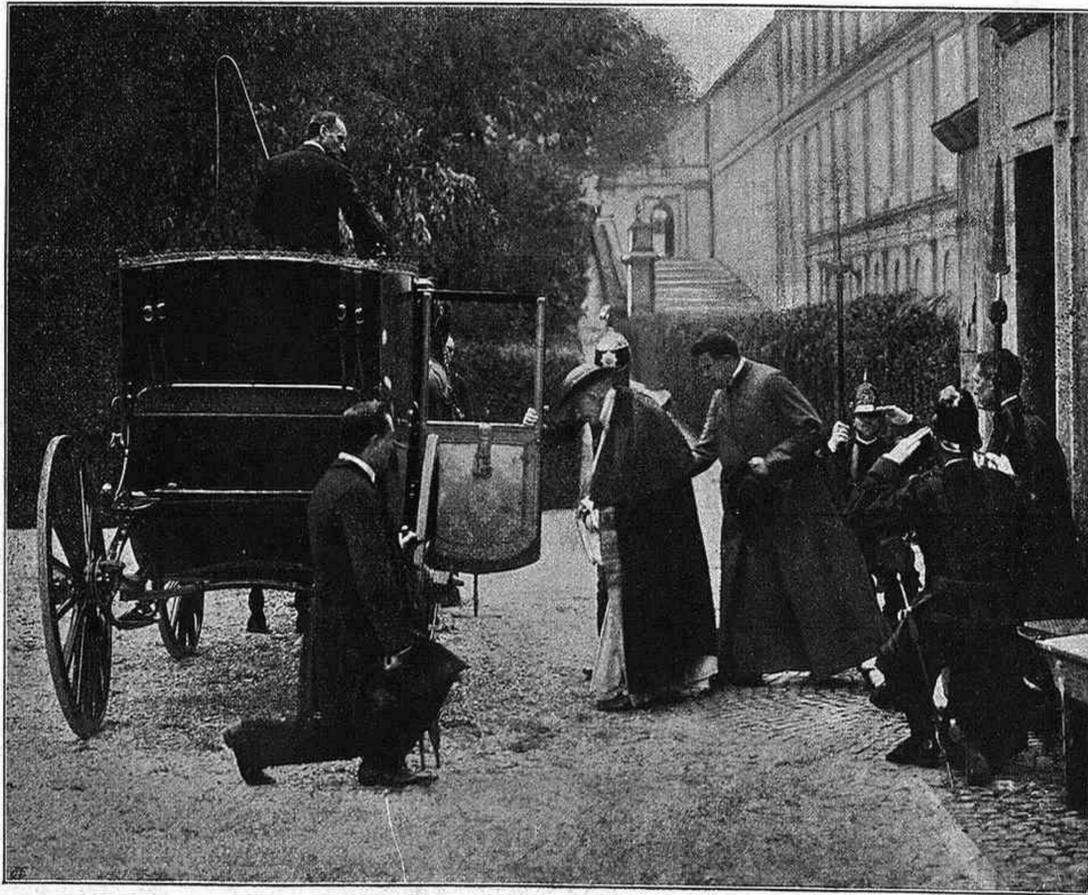
Si se consultan en la *Juventud de León XIII* y en la *Prelatura de León XIII* las cartas de Joaquín Pecci, se verá que en muchas ocasiones de su vida el actual papa ha registrado su propia muerte: cuando estudiaba en el Colegio Romano, sintióse tan próximo á la muerte y tan dispuesto á ella, que describió en versos latinos sus propios funerales y redactó su testamento. Este primer testamento, que figura en su Epistolario, lo rehizo algunos años después en Benavento, adonde el gobierno pontificio le enviara como prefecto, y de donde volvió para ocupar los puestos eminentes á que le fué elevando la Providencia hasta sentarle en el solio pontificio.

Y á pesar de su constante estado valetudinario, que le ha permitido decir cada vez que se reponía de su enfermedad que «volvía de lejos» y que en él «lo provisional es lo que dura,» este anciano venerable de noventa y tres años se dispone á celebrar su jubileo, al cual se asocia la cristiandad entera enviando al Vaticano los homenajes más entusiastas y los más ricos presentes.

Del Norte, del Mediodía, de Oriente y de Occidente acuden á la residencia pontificia innumerables caravanas, y en los salones del Vaticano se están desembalando continuamente grandes cargamentos con toda clase de mercancías: cuadros, estatuas, viriles de custodia, cálices, tapices, manteles,



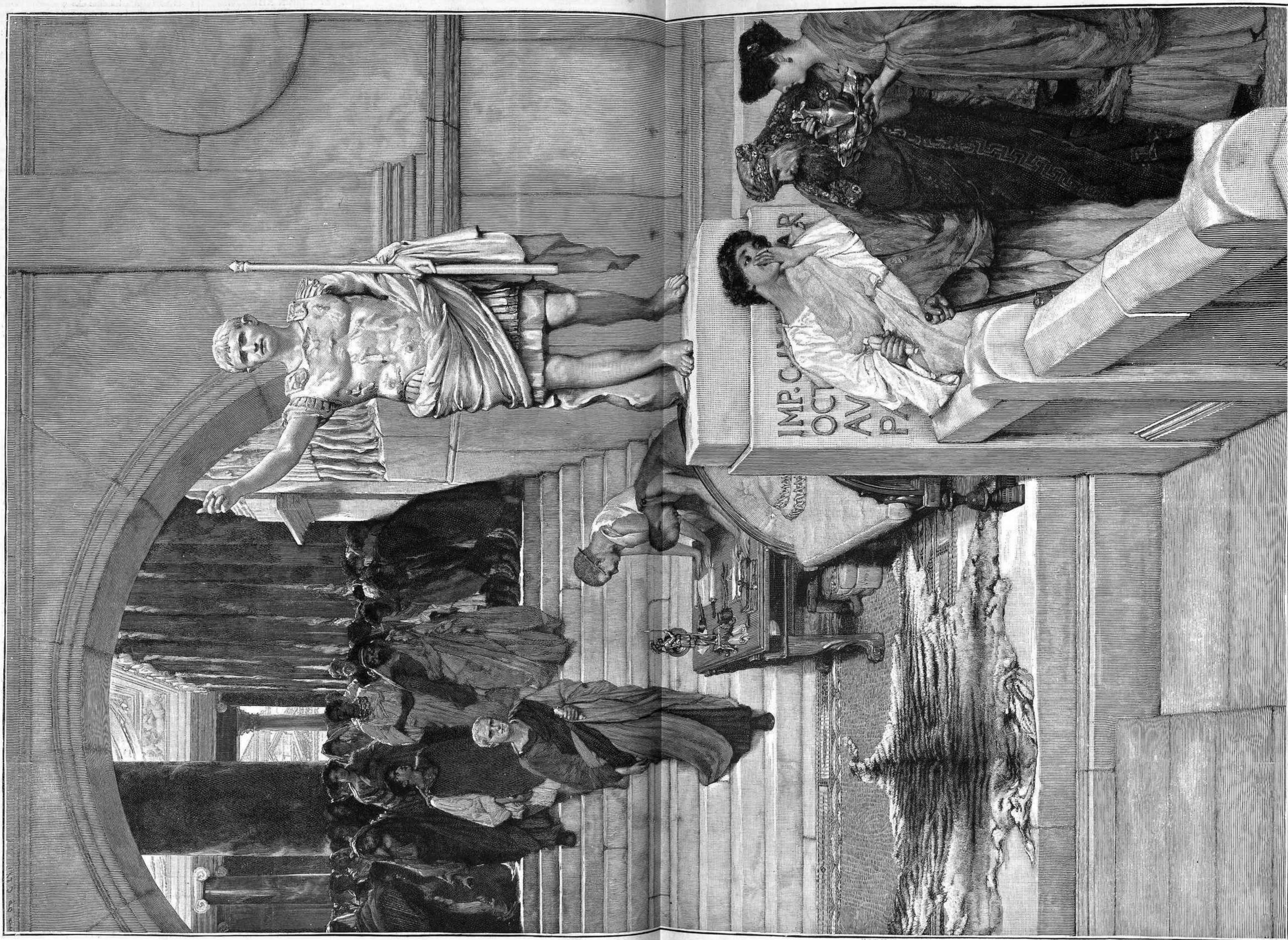
SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII, retrato pintado por F. E. Laszlo



LEÓN XIII EN LOS JARDINES DEL VATICANO (de reciente fotografía remitida por Abeniagar, de Roma)

guardia pontificia para despedirse de ellos: como asustado de vivir todavía y de ser casi el único de su generación, dirigióse á aquellos fieles servidores

están desembalando continuamente grandes cargamentos con toda clase de mercancías: cuadros, estatuas, viriles de custodia, cálices, tapices, manteles,



UNA AUDIENCIA EN EL PALACIO DE AGRIPA, CUADRO DE ALMA TADEMA

paños, vinos, chocolate, cigarros, envíos de todas partes, hasta de las más humildes parroquias, que tienen á gran honor contribuir á esta manifestación de amor y de respeto.

El retrato de León XIII que en la página 111 publicamos es obra del joven artista húngaro Felipe E. Laszlo, que con razón se ha conquistado un puesto eminente en el mundo del arte, sobre todo como retratista. Sus obras de este género se distinguen especialmente por su naturalidad: Laszlo huye de todo lo que significa afectación, *pose*, y quiere siempre reproducir á sus modelos tales como son en la vida íntima, trasladando al lienzo sus facciones, sus actitudes y principalmente su expresión, de manera que unas y otra aparezcan tales como las sorprendió el artista en un momento de conversación agradable ó de franca expansión. De este modo consigue que sus retratos sean, no sólo reproducción fiel de los rasgos físicos, sino además reflejo del carácter moral de la persona retratada.

Tal sucede con el de León XIII: en él no encontramos ninguno de estos efectos teatrales, por decirlo así, á que la mayor parte de los retratistas del Sumo Pontífice se han creído obligados á recurrir para expresar la suprema dignidad del sucesor de San Pedro; por el contrario, el papa pintado por Laszlo resulta eminentemente humano, sin que por ello haya dejado el artista de reflejar en la mirada penetrante de aquellos ojos y en la afabilidad de aquel semblante la sabiduría y la bondad supremas que todo el mundo admira en el venerable Joaquín Pecci.

La fotografía que en la misma página reproducimos ha sido hecha muy recientemente, y representa al papa en los jardines del Vaticano disponiéndose á subir al coche para regresar al palacio. — M.

de los que siguen luchando todavía. Representáronse luego el cuarto acto de la comedia de Ferrari *Goldoni e le sue felice comédie nuove* por todos los artistas de la Casa de Goldoni y la comedia *Esmeralda* por la Marini y Novelli; recitó después Salvini la poesía de Garzoletti *Le ultime ore de Cristoforo Colombo*, y terminó la función con un monólogo de circunstancias recitado por Novelli.

Adelaida Ristori no ha sido sólo una gran artista; ha sido además excelente esposa, cariñosa madre de familia y patriota entusiasta, habiendo merecido por este último concepto que



La eminente trágica ADELAIDA RISTORI, en cuyo honor y con motivo del 80.º aniversario de su nacimiento se han celebrado en Italia grandes solemnidades teatrales.

en una curiosa carta de 20 de abril de 1861 Cavour la felicitara por sus esfuerzos para atraer á la obra de la unidad italiana las simpatías de todas las personas distinguidas, con las cuales se hallaba relacionada en Francia.

**Carnaval, dibujo de José María Tamburini.**

Hubo un tiempo en que para solemnizar el Carnaval el arte no tenía, por decirlo así, más que un modo de expresión, la tradicional Locura vestida con trajes extravagantes y de colores chillones, cubierta de cascabeles y agitando en su mano el indispensable tirso. Hoy el modernismo, que todo lo invade, ha derribado aquel ídolo y ya no hay artista que para pintar una alegoría de Carnestolendas acuda á aquel antiguo modelo. Todos, por el contrario, se inspiran en lo que la realidad pone ante sus ojos, y como esta realidad se presenta bajo tan diferentes y elegantes aspectos, de aquí que los dibujantes y pintores tengan ancho campo donde escoger lo que más se avenga con sus aptitudes ó con sus aficiones. Tamburini es el artista de las delicadezas, de las finuras de líneas, de las tonalidades suaves; es un pintor poeta en toda la extensión de la palabra, y este modo de ser se revela en todas sus obras, sean del carácter que sean, lo mismo en los grandes lienzos que en los más sencillos dibujos. Véase, en prueba de ello, la bellísima composición que va en la primera página del presente número; la figura que constituye el elemento principal de la misma está trazada con gusto y corrección exquisitos; es un portento de gracia y de elegancia, la verdadera imagen de la alegría carnavalesca, pero poetizada y, por decirlo así, atenuada, hasta quedar reducida á los límites de lo justo y decente. Completan el efecto de esta figura los detalles decorativos que el dibujante ha sabido combinar con la habilidad que le distingue, resultando de todo ello un conjunto que lleva impreso el sello personalísimo de su autor.

**Una audiencia en el palacio de Agripa, cuadro de Alma Tadema.**

Cuando un pintor consigue imponerse con sus obras, á pesar de pertenecer éstas á un género que hoy muchos consideran pasado de moda, bien puede afirmarse que es un pintor de verdadero genio. Tal sucede con el famoso artista inglés Alma Tadema, cuyos cuadros se reducen siempre á reproducir escenas de la antigüedad griega y romana, á pesar de lo cual despiertan incondicional admiración y alcanzan precios exorbitantes; y es porque aun tratándose de temas tan poco á propósito para interesar al público de nuestros días, aparecen en ellos tan perfectamente estudiados la época y el asunto, hay tal verdad en los personajes y están todos los accesorios tan maravillosamente reproducidos, que ante tales composiciones toda prevención cede y el más indiferente ha de rendirse contemplando tanta belleza. En *Una audiencia en el palacio de Agripa* pueden admirarse todas las excelencias que dejamos mencionadas: los personajes que en él figuran y los elementos arquitectónicos que en él entran hacen revivir ante nuestros ojos la Roma del tiempo de los Césares; y si consideramos el lienzo desde el punto de vista técnico, habremos asimismo de prodigarle incondicionales elogios por el arte con que el pintor ha sabido ejecutarlo, por la habilidad con que están agrupadas las figuras y por la hermosa perspectiva que la composición ofrece.

**MISCELÁNEA**

**Bellas Artes.**—VIENA. — Merced á un donativo de cien mil marcos (125.000 pesetas), hecho por un particular, el Ministerio de Instrucción Pública de Austria ha podido adquirir el hermoso cuadro *Idilio del mar*, del ilustre pintor suizo Arnoldo Bocklin, que en lo sucesivo figurará en la Galería Moderna, de Viena.

PARÍS. — El millonario Tomás Thierry ha legado al Museo del Louvre su importantísima colección artística, cuyo valor se estima en 9 millones de francos: figuran en ella gran número de las mejores pinturas de Millet, Corot, Rousseau, Diaz, Daubigny, Troyon, Dupré, Decamps, Delacroix y Meissonier, así como multitud de bronceos del famoso escultor Barye.

**Teatros.** — En Elberfeld, Hamburgo y Leipzig se ha cantado con gran éxito la ópera *Louise*, del compositor francés Chabrier.

— En el teatro Carola, de Leipzig, trabaja actualmente con grandísimo éxito la compañía del teatro de la Corte Imperial de Tokio, bajo la dirección de la eminente actriz Sada Yacco.

Barcelona. — En el teatro de Novedades se han verificado dos notables conciertos, uno por el eminente pianista Malats, que interpretó admirablemente obras de Schumann, Beethoven, Gluck, Chopin, Schubert y Godard, logrando entusiastas aplausos, y otro por la Sociedad Filarmónica, que bajo la dirección del joven maestro D. Antonio Ribera ejecutó de una manera magistral algunas conocidas obras de Beethoven y Wagner, y *La morada de los Bienaventurados*, poema sinfónico de Weingartner y la sinfonía *Faust*, de Listz, con solo de tenor y coro á cargo respectivamente del Sr. Colomer y de la Capella Catalana, habiendo obtenido en todas estas piezas calurosas ovaciones director y ejecutantes.

Los diez grandes conciertos que se anuncian para la próxima temporada de Cuaresma en el Liceo serán dirigidos por los maestros Colonne, Goula (padre), Kunsvald y P'anzner, y en algunos de ellos tomarán parte los eminentes concertistas Rosenthal, de piano, y Manen, de violín. Los anunciados conciertos de la célebre orquesta Lamoureux de París se verificarán en el teatro de Novedades en los días 11, 12 y 13 de marzo próximo. He aquí los programas de los mismos.

Primer concierto: *Obertura de «Los maestros cantores»* (Wagner); *Sinfonía no terminada* (Schubert); *Sinfonía Pastoral* (Beethoven); *Scheherazada* (Rimsky-Korsakow); *Obertura de «Leonora»* n.º 3 (Beethoven).

Segundo concierto: *Obertura de «Mansfredo»* (Schumann); *Sinfonía en re menor* (César Frank); *Venusberg, bacanal de «Tannhauser»* (Wagner); *Pelleas y Melisande* (Gabriel Fauré); *Concierto para violín* (Max Bruch); *Sinfonía heroica*, 3.º (Beethoven).

Tercer concierto: *Obertura de «Freyschutz»* (Weber); *L'Apprenti Sorcier* (Dukas); *Le Chêne et le Roseau* (Chevillard); *Sinfonía en fa*, n.º 8 (Beethoven); *Preludio y muerte de Isolda* (Wagner); *Idilio de «Siegfried»* (Wagner); *Obertura de «Tannhauser»* (Wagner).

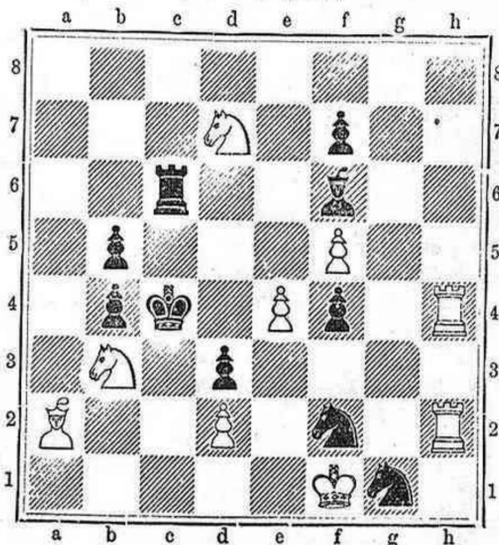
**Necrología.**— Han fallecido:

Maximiliano Adamo, pintor de historia muniquense. Ernesto Axel Enrique Key, eminente médico sueco de fama universal, profesor de Anatomía patológica del Instituto Carolino de Estokolmo.

Claudio de Schraudolph, notable pintor de historia alemán, ex director de la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart y miembro de honor de la Academia de Bellas Artes de Munich.

**AJEDREZ**

PROBLEMA NÚMERO 268, POR J. KOS.  
NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)  
Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

**SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 267, POR N. MAXIMOW**

- Blancas. 1. D b3 - g3
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. A mate.

**NUESTROS GRABADOS**

**Adelaida Ristori.**—Italia acaba de dar un brillante testimonio de admiración y de veneración hacia la eminente trágica, con motivo del 80.º aniversario de su nacimiento. Los principales teatros de aquel país han organizado en su honor funciones extraordinarias, cuyos productos, á instancias de la misma noble dama, irán á engrosar los fondos de la Caja de Pensión para Artistas pobres, y el rey en persona fué á visitarla y á ofrecerle un regalo de la reina. Adelaida Ristori nació en 29 de enero de 1822 en Cividale (Frioul); hija de pobres actores, era aún niña cuando ya figuró en varias piezas, y á la edad de cuatro años aprendió papeles de poca importancia. En 1835 desempeñó por vez primera el de *Francesca da Rimini* y otro en *Dos fantasmas*, y al año siguiente fué contratada en la compañía real sarda, una de las primeras de Italia, en la que figuraba la célebre Carlota Marchioni, que le dispuso su amistad y le dió muy buenos consejos. Después de haber representado con gran éxito en Parma, Liorna y otras ciudades italianas, casóse en 1847 con el joven marqués Capranica del Grillo, cambio de estado que interrumpió por algún tiempo sus representaciones dramáticas, pues con el fin de agradar á su nueva familia renunció ó pareció renunciar al arte; pero en una representación efectuada en beneficio de un desgraciado director de teatro, fué tan brillante el triunfo por ella alcanzado, que el orgullo de casta hubo de enmudecer ante el genio de la gran artista, la cual volvió á ser de nuevo el ídolo del público de su país. Primeramente organizó una compañía que ella misma dirigió, después entró en la del famoso Domenico, estando en la cual aprendió los principales papeles de la tragedia italiana, y después de haber actuado algún tiempo en la compañía sarda, comenzó su excursión por los principales teatros del extranjero. En 1855 alcanzó en París los más brillantes triunfos, y el Teatro Francés le ofreció una contrata que se negó á admitir; al año siguiente estrenó allí la *Medea* de Legouvé, que no quiso representar la Rachel y que su autor hizo traducir al italiano para que la estrenara la Ristori. En 1857 estuvo en España, en 1858 volvió á París, en 1860 visitó La Haya y en 1861 San Petersburgo, regresando después á la capital de Francia, en cuyo teatro del Odeón representó en francés *Beatriz*, de Legouvé, y recorriendo más tarde toda la Europa literaria. En 1862, en Berlín, el rey de Prusia le concedió una medalla destinada á recompensar el mérito artístico; en 1864, el sultán de Constantinopla colmóla de ricos presentes, y dos años después partió á América, en donde tuvo entusiastas ovaciones y un éxito colosal en metálico. Seguir paso á paso la carrera de la eminente artista es trabajo punto menos que imposible; por lo que nos limitaremos á decir que en 1882 dió en el teatro Drury Lane, de Londres, una serie de representaciones en inglés, interpretando sucesivamente *Lady Macbeth*, *Isabel de Inglaterra*, *María Antonieta* y *María Estuardo*, y que en 12 de noviembre de 1885 se despidió de la escena.

La función dada en su honor en el teatro de la Valle de Roma el día 29 de enero último, re-ultó una magnífica solemnidad artística y una conmovedora apoteosis de la trágica incomparable. La sala de espectáculos estaba llena de familias aristocráticas, de individuos del cuerpo diplomático, ministros, políticos, literatos, críticos y representantes de los principales periódicos de Italia y de algunos del extranjero. Al presentarse la Ristori en su palco cubierto de flores, acompañada del ministro de Negocios Extranjeros italiano y del embajador de Francia y rodeada de su familia, el público le tributó una ovación tan entusiasta como cariñosa. Comenzó la función apareciendo en el escenario con toda la compañía de la Casa de Goldoni el eminente Salvini, quien leyó un mensaje á Adelaida en nombre de todos los artistas italianos del mundo, así de los que han muerto en el servicio del arte y de la virtud, como



—¿Quién es esa señora?, replicó su hermano volviéndose á medias.

## EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Pablo se había sentado cerca de su hermana, conociendo al primer golpe de vista que una misma sangre corría por sus venas, y deseoso de agradar á aquella alegre niña, á la que no conocía todavía.

Gilberta por su parte se sentía extrañada de tener un hermano tan apuesto y bizarro; en realidad le parecía tan desconocido como cualquier otro extraño, y le chocaba oírse tutear por aquel joven á quien jamás había visto.

Esto le hacía reír y ruborizarse á un tiempo; y sucedía que cuando soltaba alguna de sus observaciones de chiquilla mimada, se avergonzaba durante un momento, mirando á su hermano, que no cesaba de hablar con ella y de prodigarle esas mil atenciones que demuestran el deseo de agradar. Su madre estaba contenta viendo cómo simpatizaban sus hijos, y pensaba que Pablo no podría por menos de comprender que si le había abandonado á él, por lo menos había cuidado y mimado á Gilberta, y que esto quizá le conquistara su estimación.

Después de la comida los jóvenes salieron juntos y se perdieron entre los árboles del parque, donde Pablo quería enseñar á Gilberta mil recuerdos de su infancia. Sus padres les vieron alejarse con alguna inquietud; ¿qué iban á decirse? Sin saberlo, Gilberta, durante la comida, había hecho ya algunas preguntas peligrosas. El barón y su esposa habían cambiado involuntariamente una mirada. La inquietud paternal les unía por fin.

—Pablo es muy prudente, dijo el Sr. de Grandpré, anticipándose á la muda angustia de su esposa.

Esta contestó con un leve movimiento de cabeza y se retiró, en tanto que su marido iba con Marsac á la sala de billar.

Los dos jóvenes paseaban lentamente bajo los copudos árboles que formaban sobre su cabeza una bóveda oscura de color verdoso, parecida á una vidriera antigua. Gilberta marchaba de sorpresa en sorpresa. Aquel padre gran señor, aquel hermano hermoso y amable, aquella morada señorial que patentizaba una fortuna antigua y sólida, todo eso le parecía un sueño.

No habiendo pensado jamás su madre en la contingencia de reunirse con su ultrajado esposo, y pensando que Gilberta no podría alternar quizá en lo sucesivo con las gentes del gran mundo, nunca le había dicho una palabra de su fortuna real ni la había acostumbrado á los esplendores del lujo. Así pues, mirando aquel parque y aquel castillo, sentíase Gil-

berta como deslumbrada y casi inquieta. ¿Todo aquello tenía cuerpo y realidad, ó iba á desvanecerse como los palacios y bosques encantados de los cuentos de hadas?

Después de andar largo trecho silenciosa al lado de su hermano, que la observaba á hurtadillas, se detuvo de repente.

— Señor hermano, dijo, ¿puede usted asegurarme que está vivo, que es mi hermano, que este dominio pertenece á nuestros padres y que mi carroza no va á convertirse en cazuela?

— Sí, querida Gilberta, yo soy tu hermano, contestó Pablo sonriendo; todo es real y verdadero y pertenece á nuestros padres, y ¡ay!, no quedan ya hadas, hija mía.

— Si todo esto es exacto, no me importa que haya ó no hadas, replicó la joven con vivacidad, pues esta realidad vale más que cualquiera ficción. ¿Cómo me explica usted que jamás haya oído hablar de esto? Cuando mamá me dijo que íbamos al castillo de mi padre, estaba muy lejos de imaginarme tales maravillas.

— ¿Maravillas? ¿Y qué encuentras aquí maravilloso?

— Pues... ¡todo! Mi padre, á quien apenas había visto y que se me aparece de repente espléndido como un rey de Oriente; usted, hermano mío...

— Es preciso que me tutees, dijo Pablo sonriendo.

— ¡Tú!.. Jamás he hablado de tú á ningún hombre, replicó riendo Gilberta, en tanto que se ruborizaba, ni lo diré á nadie nunca.

— ¿Y á tu marido?, insinuó el joven.

— ¿A mi marido? ¡No! Nuestros padres se tratan de «usted,» y esto es de muy buen tono. ¿Sabes por qué han estado separados tantos años?

— ¿Quién te ha dicho eso?, contestó Pablo con embarazo, aun cuando ya preveía la pregunta.

— Me lo decían en el convento hace mucho tiempo, cuando estaba en la clase de las pequeñas. No comprendí bien lo que querían decir; pero la palabra «separados» me ha quedado en la memoria. ¿Por qué se separaron?

— Porque no era compatible su modo de pensar, dijo su hermano muy gravemente. Pero es preciso que jamás hables á nadie de eso, hermana mía; son asuntos espinosos que vale más olvidarlos. Han vuelto á hacer vida común por causa tuya, y por lo tanto debes estarles reconocida.

— ¿Por causa mía?

— Sí, para que goces de la vida de familia, á fin de que te presenten en sociedad y puedas casarte dignamente, como mereces.

— ¿Y era preciso para eso que nuestros padres viviesen juntos?

— Ciertamente; eso era lo más oportuno.

Gilberta no replicó. Un trabajo inconsciente se verificaba en su cerebro de pájaro. Al cabo de un momento repuso:

— ¿Cuando se separaron, es que no debían amarse?

Pablo tomó un partido decisivo.

— Hermana mía, dijo, el respeto que debemos á nuestros padres nos prohíbe que tratemos de esas cuestiones de que ellos sólo tienen derecho á ocuparse; volviendo á hacer vida común, ahora que ya no son jóvenes y que sus gustos lo mismo que sus costumbres han tomado diferentes caminos, te han dado una gran prueba de ternura que quizá entraña un gran sacrificio. Bástete esto, querida Gilberta, y no hablemos más de ello.

— Tienes razón, dijo la joven, y echó á andar de nuevo.

Durante dos horas caminaron sin descanso siguiendo todas las alamedas del parque, todos los rincones que recordaban al joven alguna aventura de su infancia y que Pablo iba contando á su hermana á medida que su memoria los evocaba.

— Entonces, dijo Gilberta, ¿no has vuelto á ver á mamá desde que tenías diez años?

— ¿Quién te ha dicho eso?

— Tú mismo acabas de decírmelo; en esa época es cuando padre y madre se separaron, y después mamá no ha vuelto aquí; y sin embargo, tú pasabas aquí las vacaciones. ¿Es que por acaso la veías en París?

Pablo sintió que había caído en el lazo: desde hacía dos horas la chiquilla estaba preguntando sin cesar y en apariencia sin objeto, y en tanto que él contestaba sin malicia ninguna, ella reconstruía en su cabeza la historia de aquellos años de prueba que él creía secreta.

¿Debía confesar que no había vuelto á ver á su madre á riesgo de dejar adivinar su pensamiento? ¿A qué entonces el sacrificio que había hecho ya? ¿A qué el de su padre? ¿No corría riesgo el honor de su nombre y el respeto de su familia en manos de aquella niña sin experiencia y quizá sin razón?

— La he visto, contestó brevemente, diciendo aquella mentira con el heroísmo y con más esfuerzo

que si hubiera hecho una proeza. Acuérdate, hermana mía, que ante todo debemos respeto a nuestros padres; después viene el amor... si puede.

— ¡Oh! ¡Yo quiero ya a mi padre como si siempre le hubiese amado!, exclamó Gilberta en tanto que subía las gradas de la escalinata.

Aquella conversación dejó en el ánimo del joven una impresión de malestar que no disipó del todo la gracia y buen humor de su hermana. Esta, inconsciente y con la natural alegría de sus pocos años, se entregaba por completo al regocijo que le producía aquella nueva existencia, y sus padres contemplaban enternecidos sus juegos y su dicha, y la baronesa, sobre todo, veía que su esposo la adoraba más y más y se sentía contenta de proporcionarle aquel consuelo de que por tanto tiempo había estado privado.

De cuando en cuando la señora de Grandpré miraba a su hijo; pero no detenía en él la mirada. Pablo terciaba en la conversación con perfecta libertad de espíritu, en apariencia cuando menos; pero evitaba interpelar a su madre, a la que contestaba respetuosamente cada vez que le hablaba: A un testigo indiferente le hubiera parecido aquella un modelo de familias. Pero Marsac, consecuente en su papel de intermediario para evitar choques, admiraba la fuerza de voluntad que necesitaba desplegar su amiga para sostener aquella prueba penosísima.

El momento más difícil no había llegado, sin embargo. Por la noche, en el instante de separarse, llegó. Gilberta presentó su frente a su padre y a su madre y esperó un momento para ver cómo su hermano cumplía con la misma ceremonia. Bajo la mirada claramente interrogadora de la joven, Pablo comprendió que no podía retroceder. Se aproximó a la baronesa y le tomó la mano que llevó a sus labios...

Su madre hubiese preferido mil veces un adiós ceremonioso como el saludo de la mañana; aquel beso frío, indiferente, le pareció horrible.

Observando, sin embargo, que su hija la miraba con curiosidad, reunió todo su valor y puso un beso frío también sobre la frente inclinada de su hijo. El barón besó asimismo la mano que le tendía su esposa y se retiró a sus habitaciones.

## V

Cuando hubo cesado todo ruido en la casa, la baronesa, tomando una lámpara, salió de su cuarto y se dirigió a otro que había al final de la larga galería. Parecida a una sonámbula y como impulsada por voluntad superior a la suya, andaba lentamente como absorbida en un pensamiento fijo; en cuanto llegó al final del corredor, entró en dicho cuarto y cerró cuidadosamente la puerta.

Era una habitación medianamente capaz, tapizada de color verde con flores de todos colores. Las colgaduras y el papel, desteñidos por el tiempo, tenían tonos suaves; pero el aspecto del cuartito era alegre sin embargo. Sobre la chimenea había un péndulo parado desde hacía muchos años; sobre una mesa un globo terráqueo y en uno de los rincones una biblioteca casi llena de libros encuadernados en tela; en otra esquina, una cama de hierro con pabellón de seda verde parecía aguardar un huésped infantil.

La señora de Grandpré puso la lámpara sobre la chimenea y miró alrededor con aire desolado.

En aquella cama y en aquel cuarto había dormido su hijo hasta el día en que, privado de su madre, había entrado en el colegio; sobre aquella almohada iba ella cada noche a besar la cabeza infantil de su hijo, cuyos ojos se cerraban por el sueño y cuya boca entreabierta le daba las buenas noches al mismo tiempo que un beso.

La baronesa se acercó a la cama, que tocó con mano furtiva; quizá temía despertar la sombra del pequeño durmiente... Luego se sentó a los pies de ella como si aún hubiera reposado allí el cuerpo del niño bajo la ligera colcha, y miró a la almohada.

Una noche, precisamente pocos días antes del de su huída, Pablo había cometido una travesura. Habiéndole reñido su madre, se había rebelado abiertamente, llevado de su carácter indomable, y para castigarle su madre le había enviado a la cama sin querer besarle. Pocos minutos después, la camarera había ido a decirle que el niño estaba sumamente angustiado y no cesaba de llorar, y ella entonces corrió a su cuarto y se acercó a la cama.

Levantando con trabajo su cuerpecito sacudido por los sollozos: «¡Perdón, mamá, perdón!» había gritado su hijo en tanto que ella le recibía entre sus brazos.

¡Y después de eso había tenido que marchar! ¡No había sabido dominarse! ¡No había sabido poner en

la balanza al lado de lo que le hacía horror el amor apasionado de aquel niño! ¡Había marchado arrastrada por su locura huyendo de lo que la horrorizaba, pero sin pensar que al romper su cadena perdía el amor de aquel niño!

Hasta aquel momento no había comprendido la enormidad de su falta. Ante el mundo conocía que había faltado, pero despreciaba al mundo. Ante su marido aparecía como culpable, ¡pero había sufrido tanto y de tal modo la había él torturado!.. ¿No podría tomarse su fuga como una represalia?

Tranquilizándose con esos sofismas, rehusando comprender cómo el hijo que amaba no quería otorgarle su ternura, había marchado con la frente alta, contenta de sí misma, castigada por la muerte en su amor y creyendo que era expiación suficiente para su falta aquella muerte. Pero ahora, en ese cuarto, comprendía que aquello era más que represalias, y que usando de lo que creía que era un derecho, había herido a inocentes, y vio también que su expiación, lejos de haber acabado, empezaba.

Cayó de rodillas al lado de la camita, puso su cabeza ardorosa sobre la almohada, y con voz que entrecortaban los sollozos exclamó:

— ¡Perdón, hijo mío, perdón!

La habitación estaba aislada, la casa dormida, nadie oyó el grito de su orgullo al fin abatido y quedó largo espacio desesperada ante aquella cama, como ante el despojo mortal de un ser querido.

Cuando hubo agotado su dolor, se levantó, arreglando maquinalmente los pliegues de su traje; y tomando la lámpara con mano mal segura, salió del cuarto y dió algunos pasos... Después se detuvo ante otra puerta.

Era la de su antiguo cuarto, de su cámara nupcial, de la que había habitado durante toda su vida de esposa...

No, no entraría; ya no tenía lágrimas ni fuerzas para sufrir. Volvió a su habitación y se metió en cama. Hasta la primera claridad del alba estuvo inmóvil, como muerta, abiertos los ojos, que tenían la espantosa fijeza sondeando el abismo en que había caído en otro tiempo, y del cual, fuerza es decirlo, no comprendía aún toda la profundidad.

## VI

La vida de familia quedaba ya organizada en la Vernerie, y en cierto modo lo más difícil quedaba ya hecho. Marsac no prolongó su estancia en el castillo y partió acompañado de la simpatía de todos.

Pablo volvió una ó dos veces por algunas horas; pero aquellas visitas parecían dedicadas únicamente a su hermana. Los dos esposos se encontraban solos con su hija, y el Sr. de Grandpré propuso una excursión al Mediodía, antes de volver a París, donde la soledad les sería menos pesada.

Por muchos esfuerzos que mutuamente hacían a fin de conllevar aquella situación, no podían destruir de ningún modo la barrera que el inexorable pasado ponía entre ellos y que solamente caería en lo porvenir cuando el penoso presente se habría convertido en pasado.

La excursión a Provenza se verificó en las mejores condiciones. Gilberta se divertía y alegraba con todo; al revés de lo que sucede con la mayor parte de las jóvenes que han agotado ya toda la serie de placeres inocentes antes de casarse, no conocía casi nada, aparte de sus estudios.

Tenía, además, una increíble facilidad para ver el lado bueno de las cosas. Así no hubiera más que una probabilidad de pasar una buena tarde, ella estaba segura de que aquella tarde sería deliciosa; su mirada veía en seguida el mejor sitio en una sala, la mejor golosina en una pastelería, el mejor cintajo en un aparador. Y el sitio, la golosina y el cintajo se armonizaban de manera que le dejaban la impresión de una jornada dichosa. No era exigente; pero como pudiera, no dejaba escapar nada de lo que contribuyese a divertirla.

Su madre la dejaba hacer, entretenida á veces por ese conocimiento precoz de la vida práctica que descubría en las acciones de su hija; el barón, sin decir nada, se preocupaba mucho más de aquella personalidad tan fuertemente marcada; pero esperaba que aquellas tendencias al positivismo no llegarían nunca a constituir un defecto en su hija. La joven tenía un buen humor a toda prueba; se había apoderado de su padre como si viviera únicamente para ella, y colgada de su brazo paseaba por las calles de las ciudades populosas, contenta de verse mirada y admirada, riendo de todo, haciéndose comprar cuantos objetos le gustaban y volviendo cargada de flores, con las que luego hacía preciosos ramilletes para los jarrones del salón.

— Son para mamá, decía, después de haberse da-

do el gusto de aspirar sus perfumes en tanto que duraba el paseo.

Pero jamás se le había ocurrido enviárselas cuando estaba ausente.

Cuando toda la familia volvió a París, Pablo quedó sorprendido al notar el cambio que se había verificado en su hermana. ¡En un par de meses se había convertido en una mujer hecha y derecha! Para juzgar mejor de su desarrollo, hizo que hablara, y vio con sorpresa que tenía ideas precisas sobre muchas cosas que ni de oídas conocía al ir a la Vernerie.

— ¿Dónde has aprendido todo esto?, le preguntó un día.

Gilberta le miró con socarronería; su respeto por el uniforme había disminuído mucho desde el día en que le conociera.

— En la calle, en ella principalmente; no puedes figurarte cuán instructivas son las calles de las ciudades del Mediodía. Y... pregunta por pregunta. ¿Estás enfadado con mamá, Pablo?

— ¿Yo? ¡No!, contestó aquél sintiendo que se ponía colorado.

— Entonces, ¡sin duda es mamá la que está enojada contigo!, dijo la loquilla á tiempo que se sentaba al piano, dando así fin á la conversación.

La familia de Grandpré dió una serie de comidas á las que asistieron primeramente algunos hombres ya maduros con sus señoras: todos salieron encantados de aquella casa, á la que habían acudido un poco por amistad del barón y otro poco por satisfacer la curiosidad que la noticia de la unión de los cónyuges despertaba.

El marido era todo un caballero; nadie podía dudar de ello. ¡La dueña era una dama encantadora! Si alguna vez habían tenido disgustos, asunto era aquel que á nadie atañía... Y luego, hacía tanto tiempo que aquello había pasado... ¿Era verdad si quiera lo que se contaba? Y desde el momento en que ellos estaban conformes y se perdonaban mutuamente... La casa, por otra parte, era magnífica, la muchacha muy hermosa y tenía una gran dote...

Y una vez roto el hielo en la primera comida, se acudió á las sucesivas, y los Sres. de Grandpré pudieron enviar, desde primeros de enero, doscientas invitaciones para sus *soirées*.

La baronesa estaba á la entrada de su salón, fría é impenetrable como el mármol. A cada invitado le acogía con una sonrisa, le decía alguna frase amable; pero claro se veía que su pensamiento estaba en otra parte. Continuamente esperaba, temiéndola, alguna palabra de esas de doble filo que llegan veladas de tal manera que ni pueden contestarse ni recibirse con la frente alta, como se acogen las groserías directas. En aquellos salones espléndidos, que eran suyos, no tenía doscientos amigos, sino doscientos invitados, de los cuales ciento ochenta, cuando menos, habían ido allí para criticar, para observar y para decir á la sociedad el fruto de sus observaciones en aquella casa donde se les daba franca y espléndida acogida.

De cuando en cuando, recibía una flecha envenenada que se hundía en lo más vivo de su carne; pero contestaba á la pulla sonriendo y como si no hubiese comprendido su alcance.

— ¿Y vuestra hija no ha venido?, preguntó á un matrimonio mal avenido, pero que guardaba las apariencias.

— No; es demasiado joven todavía para acudir á todas las invitaciones, le contestaron con ademán semiofendido.

— Lo siento, dijo la baronesa sonriendo, aun cuando sabía que aquella *chica* tenía veinticuatro años cumplidos.

Después de dos horas de sufrir aquel suplicio, podía al cabo sentarse en un rincón de un saloncito que se había reservado exclusivamente para ella. Una noche, en tanto que estaba allí, anonadada, con los brazos caídos, desesperada de su suerte, maldiciendo la hora en que aceptó la proposición de volver á la sociedad, á esa sociedad vana, frívola, que no tiene en cuenta ningún esfuerzo ni ningún sacrificio, compuesta de imbéciles puros y de imbéciles egoístas, vio agitarse las colgaduras de la puerta.

Marsac estaba allí. Hizo ella un leve movimiento de cabeza y entró.

— ¿Quiere usted algo?, preguntó á media voz.

Marta le indicó que se aproximase.

— He hecho mal, dijo con voz sorda, he hecho mal en volver aquí, en presentarme ante el mundo, en presentar á Gilberta. Creo que la perjudico más con mi presencia que con mi ausencia...

Marsac la miró un momento y dijo:

— ¡Qué idea! ¿No ve usted, por lo contrario, con qué gusto se han aceptado sus invitaciones?

— Gilberta es rica, contestó la baronesa con voz

breve. ¡Vea usted!, ahora temo que se la acepte tan sólo á causa del dinero que tiene; el dinero hará que, de momento, se borre la mancha...  
- Señora, dijo Marsac con tono respetuoso, pero firme, su deber, si piensa usted en esas cosas, es oponerse á ellas; de ninguna manera abandonar la lucha.

Ella le miró fijamente y se levantó con rapidez.

- Tiene usted razón, Marsac; esto es lo que debo hacer. ¡Usted es un amigo verdadero!..

Y le tendió la mano y estrechó la que él le presentaba, con fuerza, hasta hacerle daño.

- Tiene usted razón, repitió. ¡A luchar! A los perros se les rechaza y la jauría huye.

Exceptuando el rubor que teñían sus mejillas; cuando volvió al salón, se presentó con calma y frialdad, como si viniera de dar alguna orden á los criados.

«Es una verdadera mujer, pensó Silvano siguiéndola con la mirada, y no quería, hombre y todo como soy, padecer lo que ella sufre.»

La fiesta resultaba brillante, aun cuando no tuviera esa animación peculiar á los salones donde hay la costumbre de acudir cada año. Los diversos elementos que acudían á los salones de los señores de Grandpré no se conocían entre sí y algunos se mostraban sorprendidos de encontrarse juntos.

Se bailaba, sin embargo. Pablo había convidado á todos sus amigos y había más hombres que mujeres en el sarao, lo que da siempre aspecto de animada fiesta á todas las *soirées*. Acudían á ellas muchas mujeres jóvenes, aunque más casadas que solteras; y allí se veían esas eternas buscadoras de diversiones que van á todas partes, solteras á caza de un hombre capaz de casarse por equivocación ó por timidez.

Gilberta no advertía nada de este manejo. Dichosa de divertirse, de verse admirada y de sentirse digna de serlo no se cuidaba de nada de cuanto pudiera acontecer ó acontecer á su alrededor.

Todos la miraban, y todas las miradas no eran benévolas, pues más de una madre sentía la mordedura de la envidia al verla tan bonita. ¿No era acaso bastante el atractivo de una gran dote para que á él debiera añadirse el aperitivo de una inútil belleza?

Otras se entretenían en buscar en aquel rostro juvenil algún parecido extraño. No bastaba que Gilberta se pareciera al Sr. de Grandpré, lo que se veía de un modo evidente cada vez que padre é hija estaban á poca distancia uno de otro ó entre sí hablaban. Cuando la malicia se ha empeñado en presuponer una cosa, la evidencia más patente, la prueba más cabal no bastan á desarmarla.

Andando el tiempo, aquellas miradas que sentía fijas en su rostro y que antes la halagaban, acabaron por incomodar á la joven.

- ¡Cómo me miran!, dijo á su hermano, que le daba el brazo para atravesar el gran salón.

- Es porque te encuentran bonita, le contestó sonriendo.

- ¿Lo crees? Sin embargo, veo ojos que no me miran con admiración. Y además, acabo de oír una palabra asaz rara.

- ¿Qué?, preguntó Pablo sonriendo, aun cuando su corazón se había sobresaltado.

- Hace poco, una señora, hablando de mí, decía á otra: «Pobre muchacha, no es suya la culpa...» ¿De quién es y cuál es esa culpa?

- ¿Quién es esa señora?, replicó su hermano volviéndose á medias.

- Esa que está junto á la puerta.

Pablo miró. Era una señora de aspecto vulgar, de esas que parecen especialmente invitadas para llenar huecos, una de esas que parecen inofensivas á no ser que se las conozca á fondo.

- Es la señora de Egrigné, dijo. No hagas caso; sin duda no se refería á ti, ó bien quizá hablaba de tu traje. ¿No sabes que hay gentes bastante estúpidas para pensar que te tiñes el pelo?

- ¿Yo?, replicó Gilberta indignada. ¿Quién ha dicho eso?

Pablo con esa hábil acusación que jamás se había formulado, consiguió lo que quería, que era desviar el curso que habían tomado las ideas de Gilberta, y la calmó diciéndole que debía acostumbrarse á todas

esas habladurías y á despreciarlas por lo mismo. Al cabo de un momento le presentó un nuevo amigo que la invitó á bailar, y entonces pudo tender los ojos á su alrededor.

«Pobre muchacha, no es suya la culpa;» esa frase que Gilberta había oído una vez había sido pronunciada ya por todas las bocas, y ella hacía que si algunas miradas se posaban en la niña con desdén, otras

- Un hijo y una hija; estaban aquí los dos con su madre.

- ¿Ha bailado con Gilberta?

- Sí. ¿Por qué?

- ¿Qué clase de gente son?

- Tienen poca fortuna y grandes ambiciones; una familia muy bien considerada, por otra parte. El padre tenía mucho talento y murió joven; el hijo, según dicen, tiene también talento.

- ¿Quiere usted darme sus señas?

- Es de mediana estatura; de pelo y patillas castaños, usa lentes y tiene aspecto de listo...

- ¡Ah, ya sé!, respondió Pablo; gracias, padre mío. La señora de Egrigné no me gusta.

- ¡Pobre mujer! La verdad es que no tiene nada de bonita; pero no es culpa suya. Es una buena madre de familia que se ha impuesto toda clase de sacrificios en favor de sus hijos. Pero me parece que estás cansado, hijo mío.

- Es muy pesada la tarea de divertir á los otros, contestó el joven procurando sonreír. Hemos hecho nuestro deber y creo que el resultado será bueno.

- Así lo espero, contestó su padre. Tu madre ha estado admirable.

Su hijo contestó con tono seco:

- Todo el mundo ha dicho que parece que no habían pasado años por ella y que era muy hermosa. Buenas noches, padre mío. Vaya usted á descansar, que bien lo necesita.

VII

La señora de Egrigné era un ejemplo vivo de lo que puede la perseverancia, y valía la pena de que se le citara como modelo á los jóvenes que van en busca de una fortuna. Jamás había tenido ni don de gentes ni belleza; su inteligencia era escasa, su conversación carecía de atractivo, su padre era empleado en provincias y la dote que pudo dar á su hija fué muy pequeña.

Pero la joven poseía en el más alto grado la voluntad de salir de aquella situación precaria; era ambiciosa, y esa ambición la preservó de vulgares coquetterías. Su actitud casi altanera, en un medio ambiente en que sus compañeras se morían de envidia de casarse, sin ser capaces de disimular esas ganas, llamó la atención de los jóvenes y le hizo adquirir la benevolencia de los viejos y de

las mujeres. El día en que el Sr. de Egrigné fué enviado como sustituto á la ciudad en que ella vivía, quedó resuelto su destino: todas las mujeres de la ciudad se dijeron: «Este joven será el marido de la señorita Montesson.»

Egrigné no tenía trastienda alguna, aunque era fiscal sustituto. Poco á poco se dejó envolver entre las mallas de una red hábilmente tejida, y al cabo de seis meses se había casado. La verdad es que jamás tuvo que arrepentirse de ello: su mujer fué una buena esposa, una madre tierna y que atendía ante todo á los intereses de su hogar, dotada como se hallaba hasta el último punto del instinto de la familia. Lo que hubiese podido hacer el joven fiscal en otras circunstancias nadie pudo saberlo, así es que nadie tampoco podía acusar á su mujer de haber impreso en su existencia el sello de su incurable medianía. El Sr. de Egrigné murió á los cuarenta y ocho años sin haber hecho nada notable.

Entonces fué cuando se descubrió cuánto podía el talento práctico de aquella señora. No tenía sino treinta y cinco años, y como nunca había sido muy hermosa podía fácilmente disimular alguno; se guardó, sin embargo, muy mucho de hacerlo. Adoptó un traje negro, pero de corte elegante; no se puso jamás una joya; alisó los cabellos sobre las sienes, porque sabía que aquel peinado modesto iba bien á su cara, y desde el principio se conoció que aquella mujer se había decidido á no vivir sino para sus hijos.

Para aquellos huérfanos ya grandecitos dió pasos sin fin; interesó en su suerte á las personas más diversas, todas aquellas que habían sido, eran ó podían ser ministros. Tantos afanes no quedaron sin la anhelada recompensa, y al cabo obtuvo para su hijo una pensión, y para su hija, cosa ya más difícil, la protección de algunas grandes damas de la aristocracia que, con el tiempo, acabarían por casarla con algún joven de buena posición.

(Continuará.)



Dos horas caminaron sin descansar siguiendo las alamedas del parque

se fijasen con franca simpatía. El barón de Grandpré también beneficiaba de esa simpatía; en cambio la baronesa era acogida con frialdad marcada.

Pero comprendiendo ya por adelantado lo que debía suceder y previendo esa hostilidad embozada, la baronesa se refugió en un grupo formado por Marsac, su marido y algunos amigos y amigas antiguos. Desde el centro de aquel grupo que á ella le parecía una fortaleza, recibía á los invitados ó hablaba con ellos, con tanto dominio de sí misma, con dignidad tan grande y fría, que imponía á todo el mundo y nadie se atrevía á lanzar una frase de doble sentido.

Todo acaba en este mundo: así los placeres como los suplicios. A las dos, después de una cena tan escogida como suculenta, la gente abandonó los salones y los cuatro individuos de aquella familia se hallaron solos, en aquellas habitaciones todavía centelleantes de luz y embalsamadas de suavísimos perfumes.

- Reciba usted mi enhorabuena, dijo el barón de Grandpré á su esposa; ha organizado usted admirablemente la fiesta.

Aquella inclinó la cabeza para darle las gracias, sonriendo sardónicamente, y dirigiéndose á su hija, preguntó:

- ¿Te has divertido, Gilberta?

- ¡Oh, sí, mamá! Ha sido una fiesta deliciosa. Pero ¿por qué ha terminado tan pronto? Uno de los que han bailado conmigo me ha dicho que, generalmente, la gente no se marchaba de las otras casas hasta las cinco de la madrugada.

- Eso vendrá con el tiempo, dijo el barón con dulzura; ahora abrimos nuestra casa y es preciso que la gente se vaya acostumbrando á nosotros...

Besó á su hija en la frente y la invitó á que fuera á dormir, cosa que hizo siguiendo á su madre.

- Padre mío, dijo Pablo cuando estuvieron solos, ¿la señora de Egrigné no tiene un hijo?

EL ARTE DEL MEDALLISTA

EN LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN DE PARÍS

En otra ocasión he tratado de demostrar que el renacimiento de la medalla en Francia había llegado casi á ponerse de acuerdo con el espíritu de raza, probando al mismo tiempo que este glorioso éxito,



Plancha modelada por Franz Pawlik

lejos de ser espontáneo ó imprevisto, era resultado de medio siglo de estudiosas investigaciones y repetidos esfuerzos.

La Exposición Universal confirmó del todo esta opinión, que además era la más completamente justificada, pues la serie de medallas allí expuestas por la Administración de Bellas Artes no se limitaba al arte glíptico de hoy, sino que comprendía una sección retrospectiva francesa, abrazando el período de 1800 á 1889, dentro del cual se veía claramente el progreso de evolución desde los días de la primera república en adelante.

Ya en la fecha de la anterior Exposición - 1889 - sus organizadores convinieron sabiamente en que los mejores y más seguros medios de explicar el presente se reducían á resucitar el pasado; pero en la Exposición última, esta sección revistió mucha más importancia, habiendo casi duplicado el número de expositores. Además, en cuanto fué posible, las medallas expuestas no fueron las mismas exhibidas en 1889.

En el arte glíptico, como en la pintura y la escultura, las antiguas doctrinas clásicas no desaparecieron de un modo brusco y la ruptura con el idealismo del siglo XVIII no fué inmediata ni repentina. No apresuradamente ni sin dolor se abandonan las seducciones de la suprema elegancia y de la gracia. Entre la antigua escuela y la nueva, bajo todos sus aspectos, hay ciertos artistas que señalan el período de transición, aquellos de quienes se dijo «que comunicaban gracia á lo antiguo ó daban el carácter de lo antiguo á la gracia.» Compárense las medallas de Agustín Dupré con las pinturas de Prudhon, y se verá en ellas el mismo sentimiento poético, la misma inspiración. Con N. M. Gatteaux y con Droz, la disposición decorativa, el esfuerzo para permanecer fiel á la naturaleza y la atrevida y libre acentuación del modelado testifican una vez más la nueva vida de una tradición que pronto debía desaparecer. Bajo Napoleón I, el estilo greco-romano ocupó su puesto

definitivamente, y por largo tiempo desaparecieron después de la medalla toda la fantasía, el capricho y el delicado sentimiento de sus predecesores.

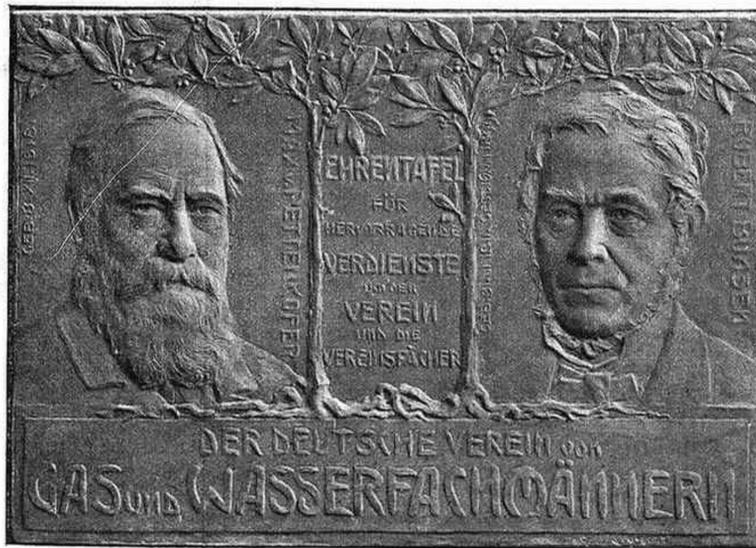
Sin embargo, apenas ha habido ningún período más fértil en la producción de medallas que el del primer Imperio, ni tampoco alguno en que los medallistas recibieran mayor estímulo. Se fundó en su beneficio un «Premio de Roma;» cediéronse dos plazas para esos artistas en el Instituto, y se ofrecieron tres recompensas en los certámenes para los premios decenales; pero no debemos engañarnos por todas estas muestras de interés ó esta abundancia en la producción. Procuremos descubrir quiénes fueron los artistas que durante aquel período hicieron trabajos buenos y duraderos. En esta categoría podemos colocar tal vez á Beltrán Andrieu, hombre de grandes conocimientos, y tan ingenioso, que para representar el descubrimiento de la vacuna pintó á Esculapio «cuidando» á la Venus de Médicis.

A excepción de Andrieu, había muy poca inventiva en los medallistas del primer Imperio, aunque muchos demostraron gran habilidad técnica. Ya no hacían sus propios modelos, sino que llegaron á ser meros intérpretes impersonales de los pensamientos de otros. Barré, Domard, Bovy y otros hicieron tentativas aisladas para poner término á este poco satisfactorio estado de cosas, y entonces llegó la reacción romántica, trayendo consigo el amor á la vida y al movimiento, según se ve en las obras de los escultores Barye, Pradier y David de Angers, destinados á regenerar la medalla con su ejemplo é influencia.

Conocidos son los más recientes progresos de la medalla en Francia, y sabido es que Oudiné y Ponscarne, Chapu y Degeorge, fueron los precursores de un renacimiento cuyo incomparable brillo se manifestó una vez más en la Exposición Universal de 1900. Esta preeminencia es debida al hecho de que los artistas, tales como Chaplain y Roty, formaron una escuela para el modelado de medallas, y también á la cooperación de artistas de diversos temperamentos que infundieron en el arte glíptico las fuerzas vivientes de sus propias personalidades. Considerada en su conjunto, la sección decenal fué igualmente notable, así por los trabajos de carácter realista como por los de carácter imaginativo. Además, se notaba entre los medallistas de profesión un esfuerzo constante para mantener las tradiciones académicas; mientras que los escultores medallistas, Alejandro Charpentier, por ejemplo, manifestaban una marcada tendencia á recurrir más directamente á la naturaleza para copiar de la vida misma, sin



Medalla retrato modelada por M. Schwartz



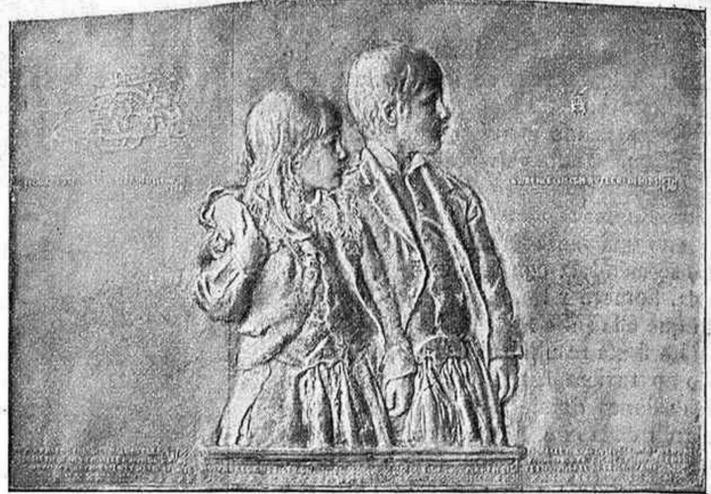
Plancha modelada por Rodolfo Mayer

apelar á nada de la forma del símbolo artificial ó de la alegoría.

La «Sociedad de los Amigos de la medalla francesa» ha tomado en cuenta estas tendencias contrarias en la distribución de sus comisiones. Alternativamente, los individuos de la sociedad han ejecuta-

do trabajos de Roty y Chapentier, Levillain y Legastelois, Daniel Dupuis y Niclausse, habiendo llegado esa corporación á tomar de una obra del pintor Alberto Besnard el asunto de una plancha que es un magnífico y notable recuerdo de la Exposición Universal.

La Exposición de París de 1900 señala ciertamente una fecha en los anales del arte glíptico, por razón de la luz que ha difundido sobre el asunto y las oportunidades de comparación que ha proporcionado. Mientras en París ha florecido el arte del meda-



Retratos modelados por Augusto Saint-Gaudens

llista muchos años hace, debe recordarse que hasta la última parte del siglo XIX no trataron las demás naciones de estimular el ejemplo dado por Francia.



Retrato modelado por F. Bowcher

Los salones oficiales que se abrían anualmente en las diversas capitales de Europa no sugirieron ninguna idea adecuada de los esfuerzos que se hacían en este sentido, y sólo raras veces se ve por medio de Exposiciones especiales ó internacionales - como las de Bruselas en 1897 y de Viena en 1900 - lo que se hace en el arte del medallista. Además, no todos pueden tener oportunidad de instruirse sobre el asunto, haciendo una visita á Hamburgo ó al Gabinete Real de la Haya.

No se crea, sin embargo, que la Exposición de París dió una idea completa del arte glíptico contemporáneo, pues se notaban importantes vacíos; así, por ejemplo, Bélgica no presentó ninguna de sus mejores producciones y Alemania estuvo representada tan sólo por un artista, M. Rodolfo Mayer, de Carlsruhe. A pesar de esto, se comprendió desde luego cuál era la tendencia general del arte. En primer lugar, la propagación de la influencia francesa hasta los medallistas de otros países, debida en unos casos, como en los de M. Kautsch, de Praga, y en los de los rusos y finlandeses MM. Rasumny, Yampolsky y Troyariowsky, al hecho de hallarse definitivamente establecidos en París, y en otros á la circunstancia de haber cultivado el arte glíptico en su propia nación, después de haberlo estudiado en la «metrópoli de la medalla,» como M. Thronsen, de Cristianía, ó de haberlo propagado fuera del país natal, como la artista francesa Mme. Lancelot Croce.

Es curioso notar en las producciones de la finlandesa Mme. Vallgren hasta qué punto ha conservado el espíritu de su país y de qué modo tan completo imprime en sus obras la factura genuinamente patria, á pesar de su larga residencia en París. De aquí nace el principal interés que ofrecen sus retra-

tos en placa, tan vivos en su intimidad, y la misma nota de entusiasta sinceridad se revela en dos medallas casi análogas en el asunto, debida la una a un danés, M. J. Shovgard, y la otra a un artista de Croacia, M. R. Franges.

Ambos trabajos están libres de convencionalismos anticuados; sus autores buscan ante todo la expresión, y en ellos se reflejan una individualidad y un temperamento. Son tan esencialmente personales, que no se puede deducir de ellos que el arte glíptico sea en general comprendido y cultivado en los países de su procedencia. La evidencia de un estilo más nacional y regular se observó en ejemplares de España (Ruiz Martínez), Suiza (MM. Frei y Kaufmann) é Inglaterra (Mr. Frank Bowcher.)

Tres naciones hubo que por el número y la variedad de lo que exhibieron merecieron ocupar los primeros puestos en aquel certamen internacional: me refiero á los Países Bajos, los Estados Unidos y Austria. En Holanda, M. Begeer graba sus propios dibujos, ó interpreta, admirablemente á veces, los modelos que le envían MM. Wienecke, Baars y Bart van Hove. De allende el Atlántico hemos recibido muestras de un notable medallista, Mr. Saint-Gaudens, cuyos retratos se han hecho para ser fun-

dididos, no acuñados. Mr. Mac Monnies no juzgó oportuno ejercitar su habilidad en una rama del arte que practica solamente como un accesorio, y esto es muy de sentir; pues aunque no ha producido más

constituyéndose por sí mismo en historiador de este movimiento artístico. El grupo de medallistas austriacos expuso magníficas obras en la Exposición de París. José Tautenhayn figuraba en primera línea, seguido de Antonio Scharff, retratista é inventor de

alegorías, y Esteban Schwartz, que cada uno por su estilo revelan grandes facultades y condiciones técnicas nada comunes. Notables trabajos presentaron también Franz Pawlik, R. F. Marschall, Peter Breithut y Tautenhayn, hijo.

El resultado del examen de estas obras por hombres de diferentes temperamentos y de diversas nacionalidades, prueba que

el arte del medallista está en vías de transformación, ó por lo menos que su misma concepción está en camino de modificarse. Las ciudades piden al medallista concepciones que perpetúen el recuerdo de grandes acontecimientos; pero nosotros no nos limitamos ya á esto. Hoy el medallista produce sus obras como el grabador sus planchas, el pintor sus cuadros y el escultor sus estatuas, por el afán de crear obras de arte, en virtud del derecho que cada artista tiene para elegir el modo de expresar sus ideas. Supongo que nadie lamentará que se haya prescindido de las antiguas limitaciones, pues su abolición establece una libertad que tiende al progreso en lo perteneciente al arte y á la inteligencia. — ROGER MARX.



Medalla original de R. Franges (anverso y reverso)



Medalla original de M. Begeer

que algunas medallas, su originalidad y artística excelencia les comunica mucho valor.

Fuera de Francia, Austria es el único país que hace alarde de tener una escuela especial de grabadores medallistas. La semejanza entre París y Viena ha sido reconocida largo tiempo hace, y en ambas capitales se han notado á menudo las mismas expresiones de buen gusto, el mismo amor á la elegancia, la misma luz y la misma gracia. La delicadeza innata é instintiva del carácter austriaco hubo de manifestarse más ó menos pronto en un arte como el del medallista. Todos elogian á M. le Chevalier de Loehr por haber contribuido tan poderosamente al cultivo y desarrollo del arte glíptico en Viena,

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL** CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIR BARRAL  
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

En Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 CANDES et C<sup>ie</sup> B<sup>is</sup> St-Denis 46

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
 con  
**PEPTONA**  
 es  
 el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.  
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf  
 Y EN TODAS FARMACIAS.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
 SOBERANO CONTRA  
 GATARRO - ASMA - OPRESIÓN  
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
 Todas Farmacias.

**VINO AROUD**  
 CARNE-QUINA  
 MEDICAMENTO - ALIMENTO  
 El más poderoso **REGENERADOR**  
 Prescrito por los Médicos  
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.  
 102, Rue Richelieu, PARIS  
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

**ZOMOL**  
 JUGO DE CARNE DESECADO

**ZOMOTERAPIA**  
**EL ZOMOL** PLASMA MUSCULAR  
 (Jugo de carne desecado)  
 PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la  
 TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,  
 la CLOROSIS, la ANEMIA,  
 la CONVALECENCIA, etc.  
 Tres cucharaditas de café de Zomol representan  
**EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.**  
 PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.  
**HIERRO QUEVENNE**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSER**, 4, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LA ALTURA

DEL VUELO DE LAS AVES

Las ascensiones aeronáuticas han permitido recoger observaciones interesantes acerca de la altura á que pueden elevarse las diversas especies de aves.

El aeronauta Hergesell, de Estrasburgo, ha encontrado un águila á una altura de 3.000 metros y en otra ocasión dos cigüeñas y un busardo á la de 900.

En otras circunstancias se habían visto alondras á 1.000 metros y cuervos á 1.400.

Estos casos deben considerarse, sin embargo, como excepcionales, pues á más de 1.000 metros raras veces se encuentran aves, la mayoría de las cuales no se remontan á más de 400 metros.

La Sociedad alemana de Ornitología ha hecho experimentos para estudiar el vuelo de las aves en las capas superiores de la atmósfera, soltando algunas, especialmente palomas, llevadas en globo á alturas comprendidas entre 900 y 3.000



Retratos modelados por Augusto Saint-Gaudens (véase el artículo de la pág. 118)

metros. Cuando la atmósfera era clara, esas palomas se lanzaban verticalmente hacia las regiones inferiores; pero si, por el contrario, las nubes ocultaban la parte inferior de la atmósfera, revoloteaban aquellas más ó menos tiempo alrededor del globo y luego partían como flechas dirigiéndose rápidamente hacia las regiones más bajas, en cuanto se abría un claro en las nubes.

La influencia de la presencia de las nubes sobre la facultad de dirección que poseen las palomas, ha sido demostrada por el siguiente experimento: en una ocasión y con tiempo nublado fueron soltadas varias palomas mensajeras á 50 kilómetros de su palomar; la primera tardó en llegar tres horas, la segunda llegó una hora después y las últimas no llegaron hasta muy entrada la tarde, á pesar de que habían sido soltadas en las primeras horas de la mañana; y habiéndose repetido el experimento con un tiempo despejado, las mismas palomas efectuaron el mismo viaje de cincuenta kilómetros en cuarenta y cinco minutos por término medio.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exíjase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**AVISO A LAS SENORAS**

**EL APOL DE LOS JORET HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**COLORES PÁLIDOS  
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR  
RABUTEAU**

*El mejor y más económico  
Ferruginoso.*

CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

Las  
Personas que conocen las

**PÍLDORAS  
DEL DOCTOR  
DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra  
lo que sucede con los demas purgantes, este no  
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos  
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.  
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la  
comida que más le convienen, según sus ocupa-  
ciones. Como el cansancio que la purga  
ocasiona queda completamente anulado por  
el efecto de la buena alimentación  
empleada, uno se decide fácilmente  
á volver á empezar cuantas  
veces sea necesario.*

**ENFERMEDADES  
DEL ESTOMAGO  
PASTILLAS Y POLVOS  
PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exíjir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA  
VOZ y BOCA  
PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.

Exíjir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

**ENFERMEDADES DE LA PIEL**

*Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.*

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

**AGUA LÉCHELLE**

**HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BÓTICAS Y DROGUERIAS.

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exíjir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BÓTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.